

# La Ilustración Artística



AÑO XXVI

← BARCELONA 14 DE ENERO DE 1907 →

NÚM. 1.307



EL PINTOR FLAMENCO JAN STEEN (1626-1679), retrato pintado por él mismo



**Texto.**— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *¡Por una colilla!*, por Mariano Turmo. — *Retrato pintado por Hugo Habermann.* — *El príncipe y las princesas de Lowenstein*, obra de Gaspar Ritter. — *Los últimos milagros de la electricidad. El descubrimiento de M. Poulsen. El arco voltaico parlante*, por Carlos Abeniácar. — *Las obras de José Alcoverro.* — *Jan Steen.* — *El paraíso en la tierra.* — *La cuestión de Marruecos.* — *Monumento á Napoleón I en la isla de Elba.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *El miedo á la vida*, novela ilustrada (continuación). — *Los esclavos blancos de las pesquerías de Terranova*, por F. Mac Grath.

**Grabados.**— *El pintor flamenco Jan Steen*, retrato pintado por él mismo. — Dibujo de Cabrinety que ilustra el artículo *¡Por una colilla!* — *Retrato pintado por Hugo Habermann.* — *El príncipe y las princesas de Lowenstein-Werthum-Freudenberg*, obra de Gaspar Ritter. — *¡Quién supiera escribir!*, cuadro de José Garnelo. — Cuatro reproducciones de experimentos sobre electricidad: el descubrimiento de M. Poulsen y el arco voltaico parlante. — *La Fe. La Justicia. La Agricultura. Sarcófago del panteón de la marquesa de Casas Novas*, obras del escultor José Alcoverro. — *El paraíso en la tierra*, cuadro de Alma Tadema. — El ministro de la Guerra de Marruecos *Si Mohamed El Guebbas.* — *Marruecos. Campamento de la méhalla de Si Mohamed El Guebbas á las puertas de Tánger.* — *Modelo de monumento á Napoleón I, que se erige en la isla de Elba*, obra de Turillo Sindoni. — Tipo de las embarcaciones que se dedican á la pesca del bacalao en los bancos de Terranova. — Mozos de playa franceses desembarcando bacalao en Saint-Pierre. — Tripulación de un barco francés de los que se dedican á la pesca del bacalao. — Un depósito de cebo para la pesca del bacalao. — El eminente dramaturgo francés *Victoriano Sardou.*

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Francia, quizá por vigésima vez, se habla ahora de una huelga..., ¿huelga de qué? ¿De metalúrgicos, de carpinteros, de mineros? No; de... *propineros*, ó sea del público que da propina..., que es casi todo el público de todas partes, por lo menos donde yo he tenido ocasión de ver público. Este buen público, manirroto é indiferente, da propina como da limosna, y tarde se corregirá de sus hábitos, así le prediquen frailes descalzos y calzados periodistas.

\* \*

Los raciocinios de los "enemigos de la propina no dejan de hacer fuerza y convencer. Las propinas, en la actual organización de hoteles, restaurantes y cafés, son en resumidas cuentas para los dueños, no para los servidores. En efecto, el importe de las propinas está calculado, descontado de antemano, y permite á los industriales tener gratis el servicio, lo cual supone un tanto por ciento no despreciable agregado al beneficio de su industria. Si no se dieran propinas, los dueños de los citados establecimientos tendrían forzosamente que pagar sueldos, y eso menos ganarían en su negocio. Les viene muy cómodo eso de que el parroquiano abone directamente, sobre el precio del consumo, la soldada de la servidumbre. Según leo en un diario francés, hasta hay dueños que, encontrando excesivo el fruto de las propinas, recogen ellos, para sí, una parte, dejando á los servidores otra, muy suficiente.

\* \*

Una anomalía se observa también en la costumbre del propineo: y es que, al hacerse habitual, pierde toda su lógica y su eficacia. La propina es ó debe ser un estímulo al buen servicio, y deja de serlo cuando se da igualmente al que ha servido bien y al que ha servido medianamente ó mal. Convertida la propina en obligación, en carga, en deber ineludible del parroquiano, carece de fuerza y hasta de interés.

No tenéis sino ver con qué especie de desdén son recibidas las propinas habituales en barberías, cafés y otros establecimientos análogos. Convencidos los que las reciben de que se faltaría á todos los respetos si no se les diesen los 0,25 ó los 0,50 de cajón, ni los miran, ni se toman la molestia de hacer leve demostración de agrado. Sin embargo, esa propina desdénada representa, además de un lucido sueldo, un fuerte tanto por ciento sobre el valor del servicio prestado ó del consumo efectuado. Sólo forzando la nota, pagando hasta la peseta, se obtiene una demos-

tración de agrado y de gratitud. En este punto los mendigos están más dentro de su papel: el *perro chico* arranca la misma retahíla de bendiciones que el *gordo*.

Los cocheros de punto *baten el record* (¡qué bárbara oración!) en materia de tiranía de la propina forzosa. ¡Ay del que no les dé, y ay del que no les dé aquello que juzgan merecer por su trabajo, aparte de la tarifa!

Sobre todo, cuando es una señora la parroquiana, el cochero de punto abusa de la nota del gruñido displicente, la voz ronca y avinada, el gesto torvo, la frase autoritaria, desgarrada y chulapona, el movimiento brusco y violento, la nerviosa presión de la empuñadura de la fusta, y el revolverse agitado en el pescante, como el tigre en su jaula. Todo ello (aunque parezca mentira, pues al cabo las moscas se cazan con miel) es una estrategia para reforzar la propina en ciernes. La tímida señora, deseosa de amansar al ladrador cancerbero, aflojará el portamonedas, en su instinto de miedo al hombre y de convencimiento de que todo hombre tiene derecho á ser mal engestado, exigente y colérico. Y ni aun después de la oblación de la peseta conseguirá una sonrisa en la adusta faz, divorciada de la navaja del barbero desde hace una semana.

\* \*

De todas las propinas, la más inexplicable es sin duda, en la mayoría de los casos, esta del cochero de punto. ¿Qué especial complacencia la motiva? A menos que se le ordene expresamente forzar la marcha, caso poco frecuente, en lo normal el cochero no hace sino depositar tras de la oreja la colilla, arrear lánguidamente al penco, y partir del punto de espera al punto de destino, procurando, si el coche va por horas, tardar lo más posible. El mozo de café puede atender mejor á un parroquiano que á otro; puede servir el negro líquido de bellotas con chorreo, la leche con magnificencia y con largueza el azúcar; no hablemos del tiempo de las gotas; en eso cabían todo el favor y distinción del mundo; pero el auriga, ¿qué género de amabilidad ha de desplegar con sus víctimas? Por eso se atiene á lo contrario: á la intimidación, al enojo.—Además, el mozo de café es un amigo del parroquiano: le conoce de verle allí muchas tardes, sentado ante la misma mesa; le ha escuchado perorar; tal vez le ha manifestado, en calurosa frase, ardiente simpatía hacia sus ideas políticas; tal vez le ha reído los chistes; le ha proporcionado papel y sobres para escribir á la novia; le ha adelantado un duro; le ha buscado la cajetilla de la marca preferida... Es natural que la propina engruese. Al auriga, en cambio, se le ve una vez y sólo casualmente se le vuelve á encontrar. La propina del auriga es una caza, mientras la del camarero es una dulce y pacífica pesca.

\* \*

Estamos en el período del año en que más les vendría á los propineros declararse en huelga. En Navidad y Pascuas, como nadie ignora, se pide propina al Verbo, y si hoy viviesen los sayones que sacrificaron al Niño que acaba de nacer, capaces serían de enviarle al cielo una tarjeta, escrita en versos macarrónicos, pidiéndole aguinaldo.

Se devana uno los sesos para averiguar en qué se funda la pretensión de aguinaldo de un sinnúmero de pedigueños que, además de atentar á la bolsa, atentan á las campanillas de las casas, y las descomponen y estropean malamente, obligando á recurrir al electricista para que repare el desperfecto. Piden aguinaldo los poceros del Ayuntamiento, los faroleros, los barrenderos, los mensajeros de las tiendas donde compramos, el mozo del carnicero y el del pescadero, el chico de la lechera, los cobradores de infinitas casas, los dependientes de un sinnúmero de establecimientos, la niña del taller de la modista, el criado del esterero, el golfo del continental, el de la agencia de transportes, el faquin del tren y el de los carros de mudanzas..., aunque habitéis en la misma casa desde hace veinte años. Claro es que mucha gente de la así asaltada cierra el bolsillo; pero siempre hay algunas personas, en toda una calle, que por no decir que no, por no pasar plaza de roñosas, por darse el fácil gusto de contentar á otro con desembolso realmente insignificante, sueltan el aguinaldo.—Y así se arraigan las costumbres inexplicables, que año tras año adquieren pátina de tradición.

\* \*

Hay unas propinas vergonzantes y de buen tono, que se esconden bajo el nombre decoroso y bien so-

nante de *gratificaciones*. Estas caen en la bolsa de gente muy considerada, muy burguesa, á quien estrecháis la mano, y á quien casi pedis excusas por la remuneración de su servicio. La propina, entonces, pierde casi siempre su forma de moneda contante, se avergüenza de ser gratificación y toma nombre de *obsequio*. Empieza en el obsequio comestible y acaba en el obsequio de joyería ó de relojería, sin hablar de otros obsequios á los cuales no quiero ni referirme, porque son demasiado señalados y se citarían al punto los nombres de obsequiados y obsequiantes..., con las circunstancias peculiarísimas que determinan el rasgo de esplendidez.

Existen clases sociales sometidas á la tiranía del *obsequio* y que deben frecuentemente renegar de él. Ahí están, verbigracia, los médicos, los abogados, los cantantes y actores en día de beneficio, los maestros y catedráticos el día de su santo, los curas de aldea en Pascuas, *etcétera*. A los médicos se les llena la casa de mil chucherías muy útiles: pureros, juegos de pescado, cajitas con tenedores de ostras que parecen hechos de papel de envolver bombones, platos *repujados* de cinc, cuadros de un colorido que muerde, con marcos de moldura alemana que pega, figuritas de barro pintado de un modernismo que arranca lágrimas, y otras mil maravillas de la moderna industria. Verdad que suelen enviarles también jamones, perdices, botellas de Champagne y agasajos infinitamente más racionales; y con esto van tolerando lo otro. Los actores son, en este punto, desgraciados: parece que los amigos escogen, para enviarles, lo que de nada absolutamente sirve, y lo que además estorba (sin tener en cuenta la vida forzosamente trashumante que al actor impone su profesión). Rosell, el muy gracioso característico de Lara, me dijo que, no sabiendo ya dónde colocar los *obsequios* consabidos, recurría á colgarlos del techo. Tanto barómetro caprichoso, tanto termómetro coquetón, tanto muñeco de loza, tanta jardinera, tanta relojera, tanta petaca, deben de inspirar deseos de recurrir al cesto del traperero ó á la casa de empeños, como arbitrio supremo de salvación. Y en las casas de empeños paran, de fijo, innumerables obsequios del género solemnemente embarzoso.

Siempre que leo en los diarios que el camerino de una actriz ó de un actor estaban atestados de regalos y convertidos en jardín, acude á mi mente la idea de algo sensato, que justamente por sensato no se hará nunca; publicar en los periódicos, dos días antes, una circular invitando á los amigos y obligados del actor ó de la actriz á asociarse para ofrecerle un obsequio colectivo, de verdadero coste é importancia, en vez de cincuenta ó sesenta chucherías arrojables al polvo, caras para el que las adquiere, sin valor para el que las recibe. Una cuota modesta, reunida y empleada en un objeto serio y sólido, joya ó pieza de plata, permitiría dejar al artista un verdadero recuerdo grato y hermoso de la noche de su beneficio.

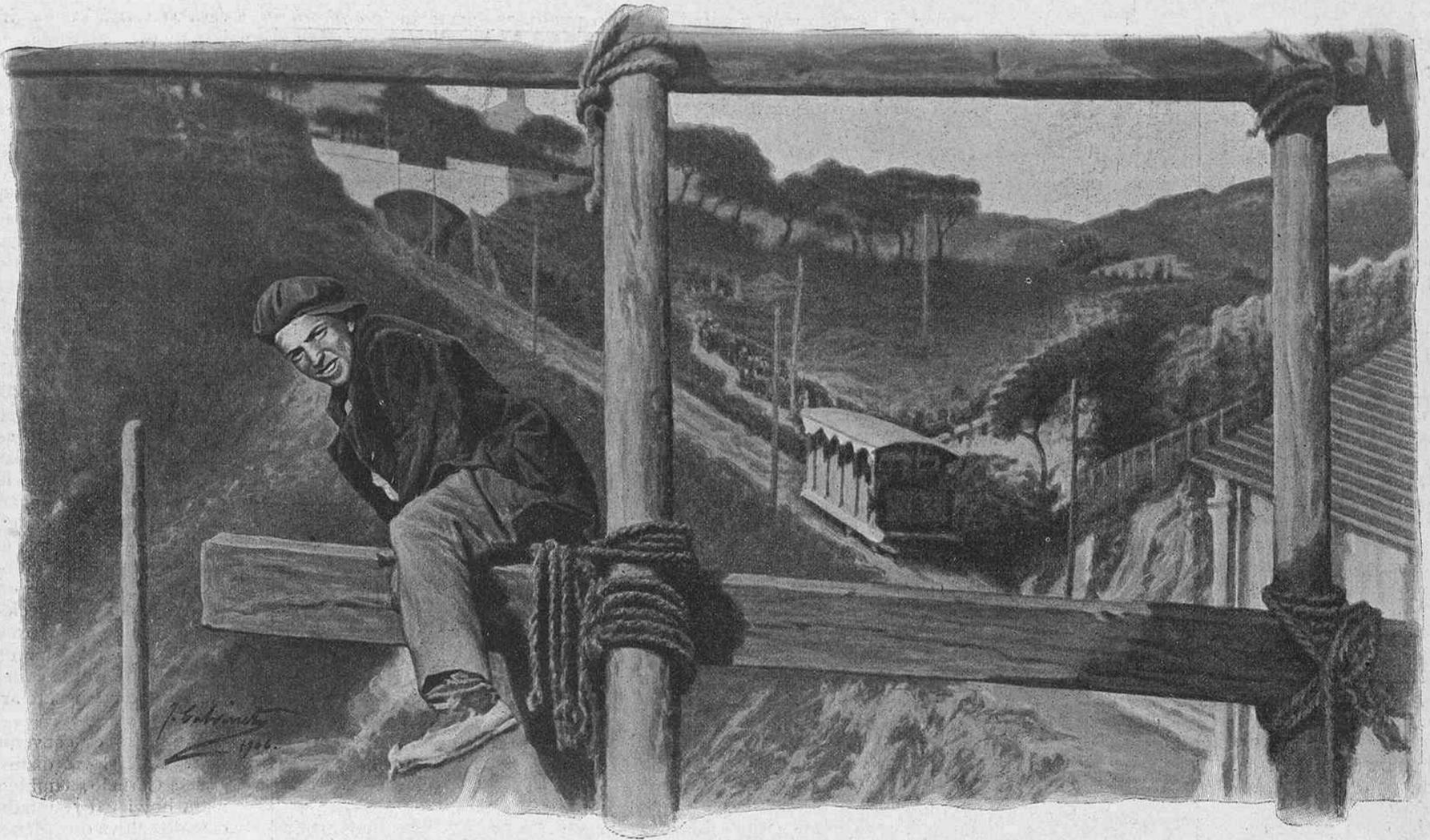
Sé de una ciudad donde ya este pensamiento se realiza, aplicado á los regalos de boda. Al casarse una persona conocida, se reúnen sus amigos, y contribuyen con pequeña suma, menor seguramente de la que habrían de desembolsar si regalasen cada uno por su lado. De los asociados, el más inteligente en modas ó en arte escoge el objeto, lo compra y lo envía en nombre de todos. Y así, los novios, en vez de recibir una veintena de baratijas rompibles y deleznales, reciben una magnífica bandeja de plata, ó un juego de tocador del mismo metal, ó una bonita alhaja, ó un mueble rico.

\* \*

Si este sistema se plantease, perderían mucho los bazares y las tiendas de flores, que son el recurso de los regaladores sin imaginación y esclavos de la rutina. Y este sistema, que en sí ya es tan ventajoso, podría serlo más, perfeccionándolo; destinando cada año una semana á comprar los obsequios previstos y seguros que han de hacerse en los trescientos sesenta y cinco días del año mismo. En efecto, oiréis á todo bicho viviente que se agita en sociedad quejarse de la prisa con que se tienen que «buscar» los obsequios. Muchas veces, por la prisa, se hace el regalo al otro día del santo ó del beneficio, cosa deslucida realmente. Los asociados procederían de otro modo: comprarían, del 1.º al 15 de enero, algo muy bien elegido, muy serio, muy elegante, y llegado el momento no tendrían más que enviarlo, por un mozo que se ganaría una sola propina, en relación con el envío, sin tener que temer la frase desdeñosa: «La propina vale más que el regalo...»

Y termino, lectores, deseando que no os agobien excesivamente con peticiones de propinas y aguinaldos.

EMILIA PARDO BAZÁN.



...paseó la mirada por el hermoso panorama ofrecido por una ciudad magnífica

¡POR UNA COLILLA!, POR MARIANO TURMO

Despertó Chisquet cuando los primeros rayos de un sol espléndido acariciaron las espaldas del niño, vueltas al mar en el hueco de recios tabloncillos apilados en los muelles del puerto de Barcelona, y al despertar sintióse acometido de nuevo por la comezón de un deseo que brotó en su débil cerebro al sentirse deslumbrado, horas antes, por los destellos del potente foco que irradiaba resplandores desde la cumbre del Tibidabo.

Nacido Chisquet en una de las calles más angostas de la ciudad marítima, criado á su antojo sin obedecer otros mandatos que á los imperativos de la voluntad, limitó sus aspiraciones al conocimiento perfecto y al uso sin tasa ni medida de cuantos rincones, bancos, árboles y adoquines servían de obstáculo, mejor que de adorno, en las rectas y no muy bien olientes calles del populoso barrio de los pescadores; así es que cuando crecido el rapaz en tamaño y en arrostos pidiéronle los ojos nuevos panoramas en los que recrear la vista, y las piernas otras tierras para medir á fuerza de zancadas en largas y frecuentes escapatorias, bastóle poner los pies en las calles anchurosas de la ciudad nueva para que se creyese transportado por arte de encantamiento á países lejanísimos, que ni en sueños dieron fe de presencia en la mezquina imaginación del chicuelo.

Pero como el afán de saber, lo mismo que las comezones del cuerpo, más se desarrolla cuanto más se le atiende, la curiosidad de Chisquet crecía en la misma medida que sus prodigiosos descubrimientos, y como no le bastasen sus paseos por las calles aristocráticas de la población antigua, ni sus correrías por las amplísimas del ensanche, pensó extender las escapatorias á más lejanos dominios, y el primero en el que puso el deseo fué la elevada cumbre que, de noche, cuando el rapazuelo buscaba abrigo por los rincones del puerto, parecía burlarse de él guiñándole el ojo brillante de su poderoso reflector.

\* \*

Por esto, apenas el primer rayo de sol fué á posarse sobre la desnuda nuca de Chisquet, saltó éste del hueco de tablas que era su ordinario albergue, despezóse alegremente, acometiéronle otra vez y con más fuerza las tentaciones de su aventurero deseo, y sin más preparativos que un rápido frotamiento en los ojos para limpiarlos de legañas, y unos cuantos bostezos, de cara al mar, con el objeto de tragarse á guisa de desayuno algunas bocanadas de fresca brisa, emprendió la caminata sin apartarse del sendero tra-

zado por los rieles del tranvía, que á la hora aquella lanzaban brillantes destellos, producto del choque del sol con el rocío.

Chisquet, empujado por las vehemencias del deseo, que en los niños, como en los hombres, acompañan siempre á las grandes empresas, corría mejor que andaba por las simétricas calles de la ciudad, acortando el paso tan sólo si, al obedecer á las tentaciones de su único vicio, ponía la vista en el suelo con el cuidado del que busca un objeto perdido, y deteniéndose únicamente al tropezar la mirada con alguna sucia colilla, en la que, después de encendida merced á la complacencia de cualquier transeunte, daba el rapaz tres ó cuatro chupetones con deleite inefable.

Así corriendo y fumando llegó Chisquet al pie de la montaña, y se dispuso á escalarla en línea recta, mofándose de camineros y sendas, y no riéndose de los coches del funicular que á sus pies subían y bajaban sujetos á recio y tirante cable, porque aquel mecanismo hizole el efecto de un delicioso juego de niños.

Por fin vióse en la cumbre, y sin dar descanso al cuerpo ni sosiego al espíritu, paseó la mirada por el hermoso panorama ofrecido por una ciudad magnífica que no contenta con vencer al mar en la lucha por la playa, subíase por las vertientes de la montaña para contemplarse gozosa desde espléndidos miradores.

Abajo el cañerío con apariencias de cantera inmensa, las calles rectas y arboladas con aspecto de zanjales, las altas chimeneas desapareciendo en el macizo, la mole de Montjuich trocada en simple accidente del terreno; todo empuqueñecido, todo tristón, todo gris. Frente el mar, un mar á franjas teñidas con todos los matices del azul, en las que bogaban las pequeñas lanchas pescadoras á impulso de blanca y remendada vela. A derecha é izquierda, el llano fecundo, la tierra dividida á cuadros, en los que se descubrían todas las gradaciones del verde, y de trecho en trecho, casas sueltas, casas agrupadas, torres, masías, palacios...

Chisquet vió todo aquello, y la comparación de su pequeñez con tanta grandeza hizo asomar al rostro del pilluelo un gesto de disgusto. Admiróse de que hubiera tanto mar, tanta casa, tanta tierra; aspiró á pulmón lleno un aire puro que hizole el efecto de riquísimo aperitivo; dióse á pensar que si las cosas se achican de tal modo con la altura, el subir demasiado debe ser una desgracia como otra cualquiera; y el goce sentido en aquel instante llevóle al extremo

de acariciar la idea de avecindarse en la montaña, cambiando el lecho de tablas en el puerto por un nido de ramas en los árboles.

\* \*

Pero sucedió que cuando más entusiasmado se hallaba Chisquet con la feliz determinación de cambiar la vida errante del *trinxeraire* por la existencia plácida del campesino; cuando ya había puesto los ojos en unas lejanas *masías* para ir á ellas en unión de los perros vagabundos dispuesto á reclamar su parte en los despojos, y cuando en unos esbeltos y olorosos pinos había saludado á los futuros guardadores de su sueño; sucedió, digo, que acometióle de pronto un deseo irresistible, y para satisfacerlo púsose á recorrer de extremo á extremo aquel pedazo de montaña, siempre mirando al suelo, como en las calles de la ciudad, en la actitud y con el cuidado del que busca un objeto perdido.

¡Y aquello sí que le produjo verdadera admiración! En todo lo ancho de la planicie, en los senderos que á ella conducen, en los rincones que de ella se esconden, en cuanta tierra abarcó el rapaz con la mirada, no pudo dar con la muestra más insignificante del objeto apetecido. ¡Dijérase que los vicios huyen de las cumbres de las montañas con el mismo afán con que arraigan en las cumbres de la fortuna!

Chisquet olvidóse del panorama espléndido, de la ciudad gris, del mar azul, de la tierra verde; se borró en su débil memoria el recuerdo de aquella determinación heroica de vivir como los pájaros y comer como los perros; y siempre mirando al suelo, púsose á desandar el camino, descendiendo de la montaña con mayores afanes y prisas de los empleados en subir á ella.

Y cuando al entrar en ancha y arbolada calle tropezaron sus miradas con el objeto anhelado, á cuya busca y disfrute sacrificaba la realización de un sueño de ventura, tiróse á él con los afanes del sediento, cogióle con los dedos, lo besó, y guardólo sujeto con los labios, en espera de un piadoso transeunte que completase la dicha del rapaz prendiendo fuego al apagado y repugnante extremo de la *colilla*.

Y he aquí cómo por una miserable *colilla* sigue Chisquet durmiendo en el puerto, metido en el hueco de tablas, de espalda al mar y de cara á la desgracia, en vez de dormir en la copa de un árbol, en compañía de los pájaros, de espalda á la ciudad y de cara á la vida.

(Dibujo de Cabrinety.)

## RETRATO

PINTADO POR HUGO  
DE HABERMANN

El pintor muniquense Hugo de Habermann es considerado en su patria como uno de los artistas dotados de mayor cultura y de gusto más refinado, y como especialista en retratos femeninos. Como pocos domina la técnica del claroscuro y conoce los recursos de las gradaciones suaves, de las tintas delicadas, y en sus retratos, modelos de parecido físico y moral, llama tanto la atención esta cualidad, indispensable en este género de pintura, como la elegancia con que está puesta la figura reproducida. Véase la obra suya que adjunta reproducimos, y se comprenderá cuán justa es la fama conquistada por su autor.



Retrato pintado por Hugo de Habermann

EL PRÍNCIPE Y LAS PRINCESAS DE LOWENSTEIN,  
OBRA DE GASPAR RITTER.

Ocioso nos parece señalar las bellezas de esta obra; son tantas y tan patentes, que no requiere gran penetración el reconocerlas. El artista ha hecho más que pintar unos cuantos retratos; ha trazado una composición dispuesta con habilidad maravillosa, en la que la perfección de cada uno de los personajes contribuye á im-

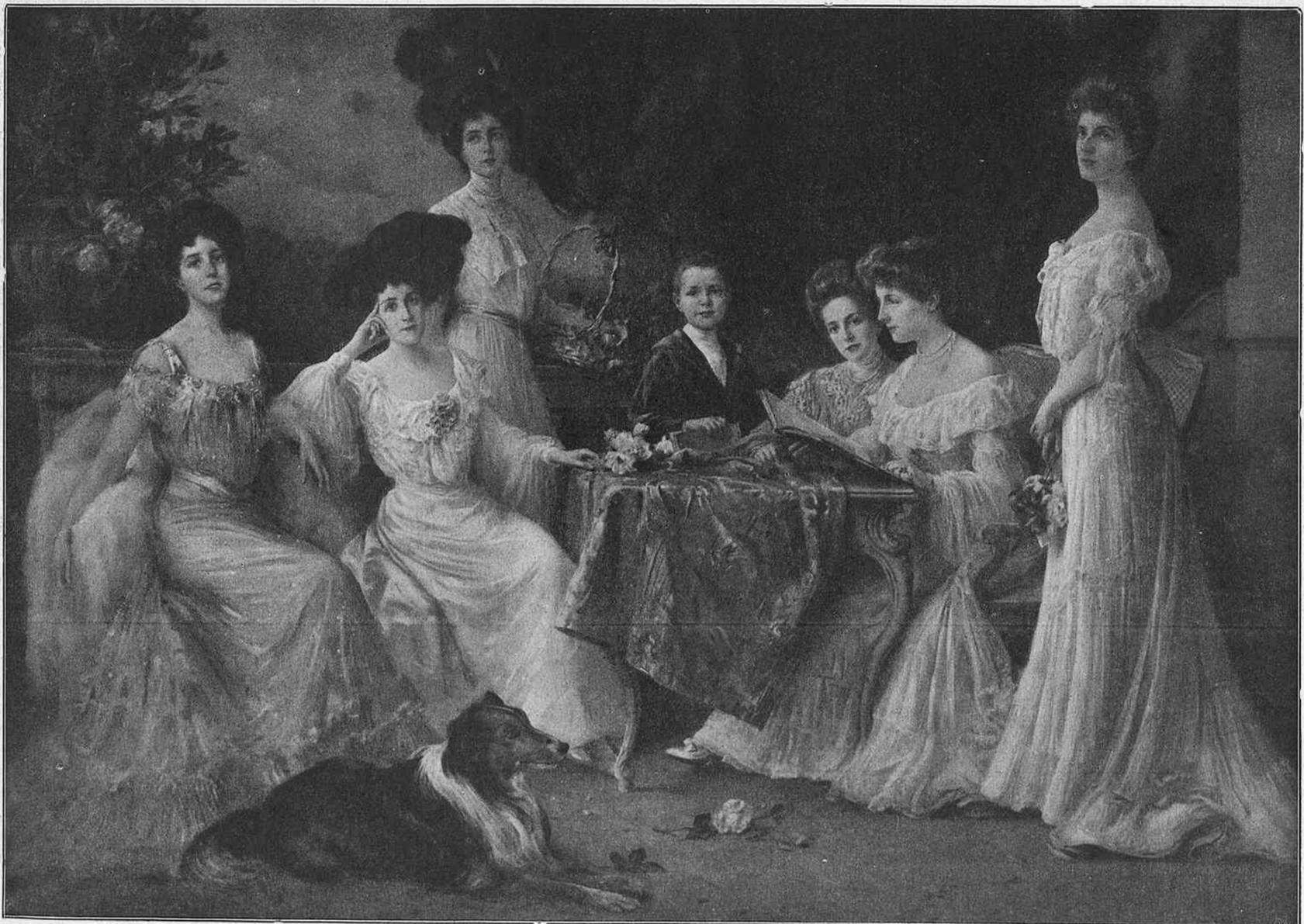
primir en el conjunto un carácter armónico, que atrae y subyuga, y se halla avalorado por los elementos decorativos, exquisitamente seleccionados.

otros estimamos que su bello cuadro titulado *¡Quién supiera escribir!* se ajusta á la tendencia interpretativa del pintor.

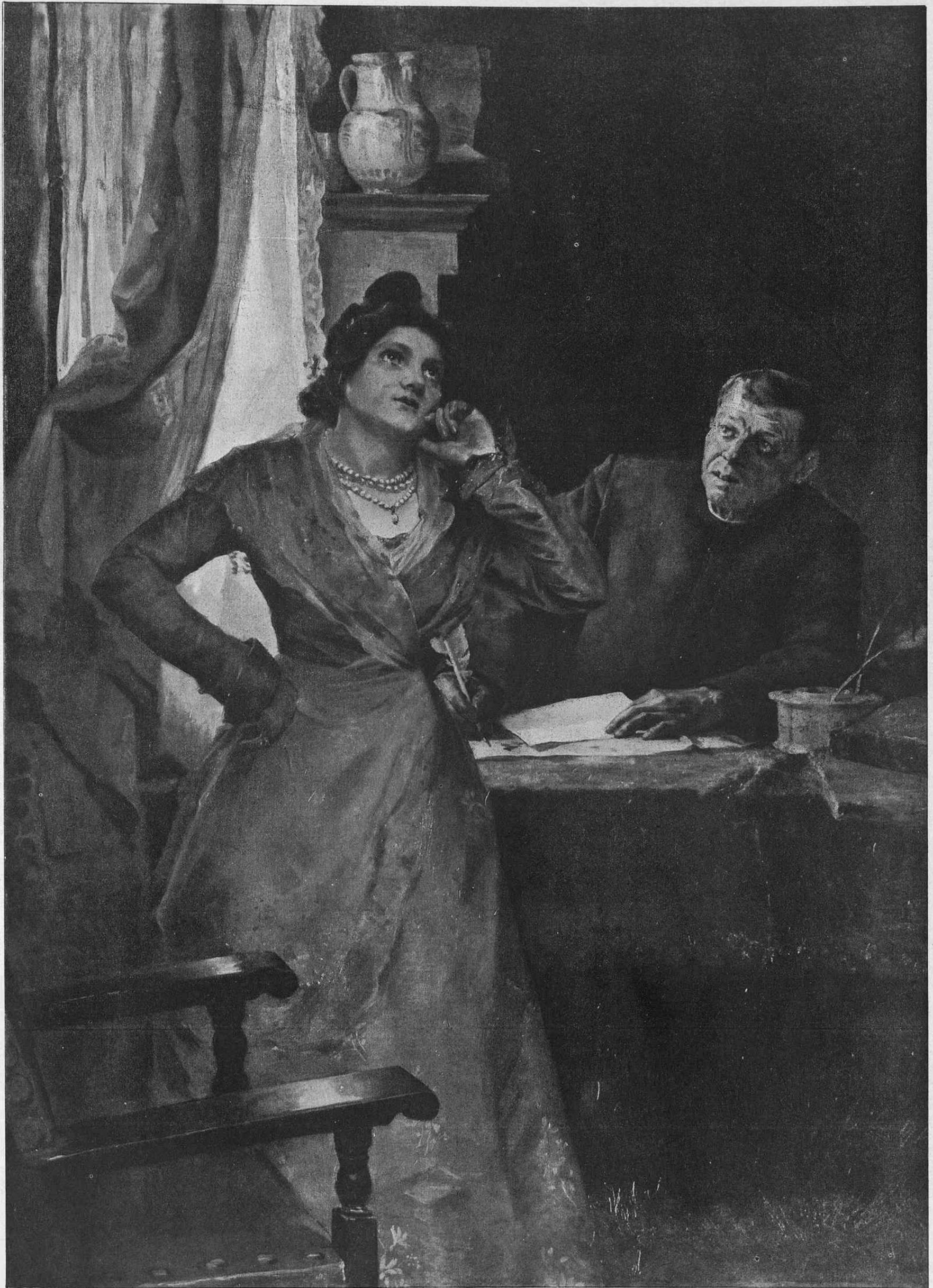
¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!, CUADRO DE JOSÉ GARNELO.

La tan inspirada y popularizada *dolora* del ilustre vate Campoamor ha suministrado á nuestro amigo tema para ejecutar una de sus más simpáticas producciones, recomendable así por su forma de interpretación como por el procedimiento. Y aunque al observar el lienzo, al darse cuenta de su especialísima gama, distintiva y particularísima, adivínase la paleta en que se ha amasado, quien no se halle familiarizado con las obras de José Garnelo le costará algún trabajo acertar si el autor de esta bien sentida composición es el mismo de aquellos grandes lienzos inspirados en las magistrales producciones del clasicismo, que tantos aplausos y tantos lauros reportaron á aquel laborioso é inteligente artista.

Y preciso es convenir que si antes logró distinguirse Garnelo, también logra hoy igual resultado cuando cultiva otros géneros. Ciertamente es que para ello posee sobradas aptitudes y que sus provechosos estudios y su perseverancia le han conducido adonde ha llegado. Nos-



El príncipe y las princesas de Lowenstein-Werthum-Freudenberg, obra de Gaspar Ritter  
(Exposición de Bellas Artes de Munich, 1906.)



¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!, cuadro de José Garnelo

## LOS ÚLTIMOS MILAGROS DE LA ELECTRICIDAD

EL DESCUBRIMIENTO DE M. POULSEN. — EL ARCO VOLTAICO PARLANTE

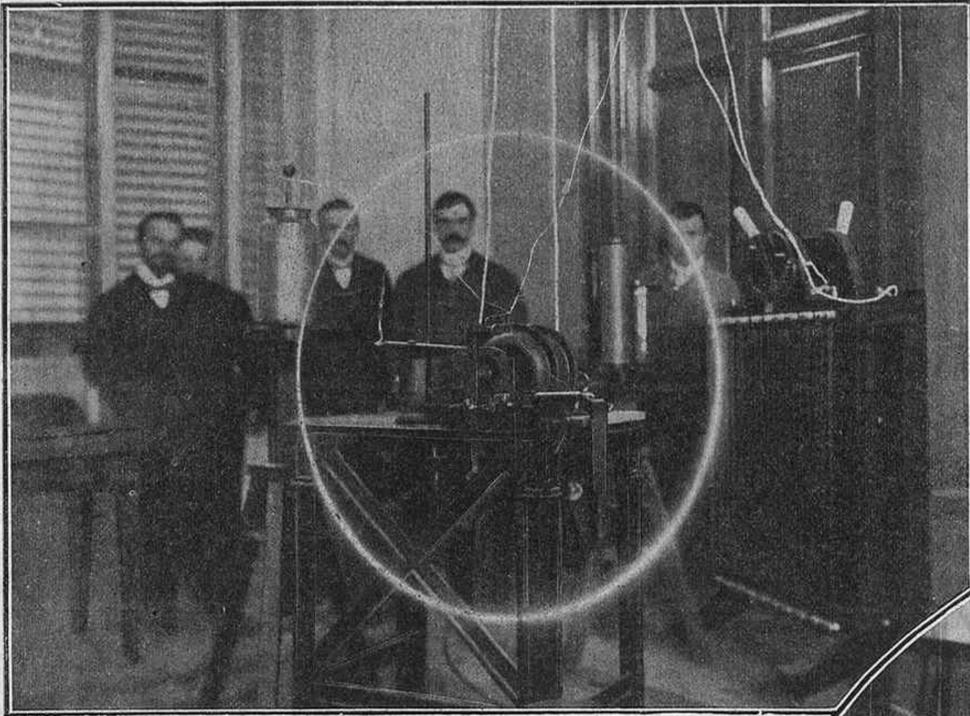


Fig. 1. — Producción de 10.000 chispas por segundo

El ilustre profesor Quirico Majorana, hermano del ministro de Hacienda de Italia, ha inaugurado recientemente con una magnífica conferencia el anfiteatro del Instituto Central de Telegrafía de Roma. Ante un público compuesto de las más distinguidas damas de las aristocracias extranjera y romana, de casi todos los ministros,

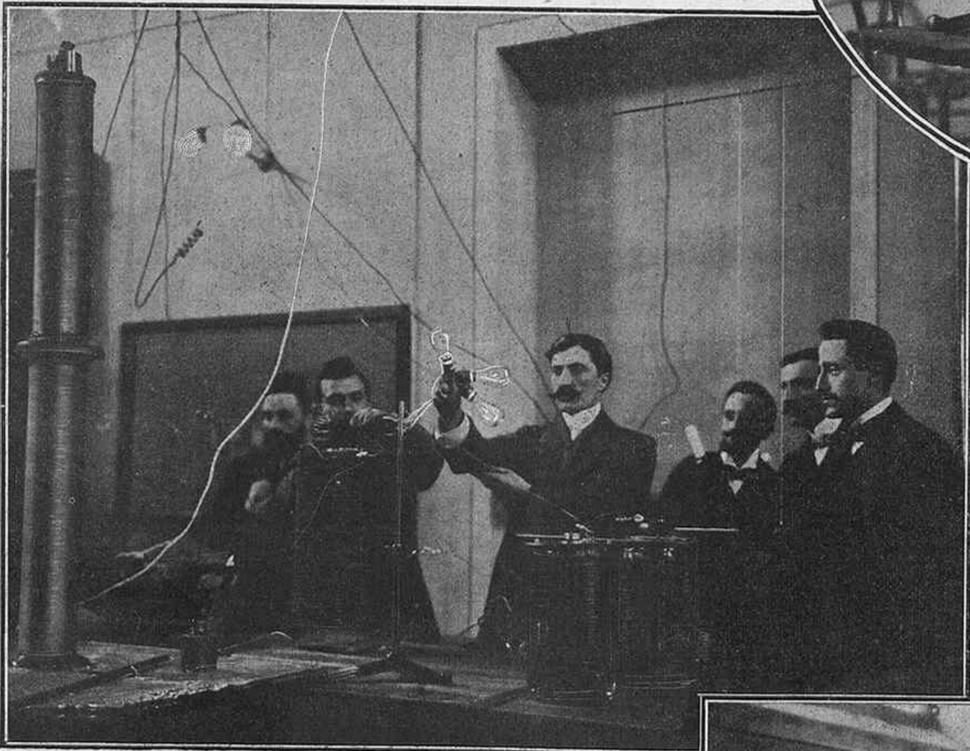


Fig. 3. — Iluminación á distancia de las lámparas

de numerosos senadores, diputados, catedráticos y altos funcionarios del Ministerio de Correos y Telégrafos, habló el conferenciante del último descubrimiento de M. Poulsen relativo á la radiotelegrafía.

«Todos los sistemas de radiotelegrafía—dijo el Sr. Majorana—se fundan en el empleo de *circuitos eléctricos oscilantes*, uno de los cuales ha de estar siempre abierto y constituido por un alambre ó conductor aéreo y la tierra. Para imprimir las vibraciones eléctricas en la antena se han utilizado hasta el presente chispas eléctricas; tal ha sido creada por Marconi la radiotelegrafía, y tal ha subsistido hasta hace poco.

»El descubrimiento de M. Poulsen introduce un mecanismo nuevo que será adoptado indudablemente por todas las estaciones radiotelegráficas. Efectivamente, el defecto principal del antiguo sistema, es decir, del de las chispas, consiste en engendrar *ondas eléctricas discontinuas*, ó como vulgarmente se dice, amortiguadas, y en su consecuencia los efectos de resonancia en los aparatos de recepción son á menudo inciertos, puesto que los aparatos sólo están influidos por las ondas durante pequeñísimos momentos que corresponden á la duración de las chispas eléctricas.

»Varios sabios antes de M. Poulsen se han preocupado de ese inconveniente sin conseguir encontrar nada mejor

que las chispas eléctricas. Otro beneficio que resultaría de las *ondas no discontinuas* sería su aplicación á la telefonía sin hilos.

»M. Poulsen dice que para esto no es necesario obtener ondas verdadera y exactamente continuas, sino que basta aumentar extraordinariamente el número de chispas en cada instante.»

El Sr. Majorana completó su conferencia con experimentos que dieron excelentes resultados y que yo pude fotografiar. En el primero demostró que podía conseguir perfectamente 10.000 chispas por segundo, nacidas una de otra y perfectamente distintas (fig. 1).

M. Poulsen ha perfeccionado los experimentos de Simón, Athmer y otros sobre el arco voltaico que canta y silba, y el Sr. Majorana nos presentó el milagro de dos carbones parecidos á los de las lámparas de incandescencia y que, puestos en contacto, hablan claramente y murmuran melodías ejecutadas en mandolinas á gran distancia (fig. 2).

El descubrimiento de M. Poulsen consiste en haber colocado el arco en el hidrógeno y en un campo magnético muy intenso que aumenta contemporáneamente la fuerza electromotriz de la pila ó

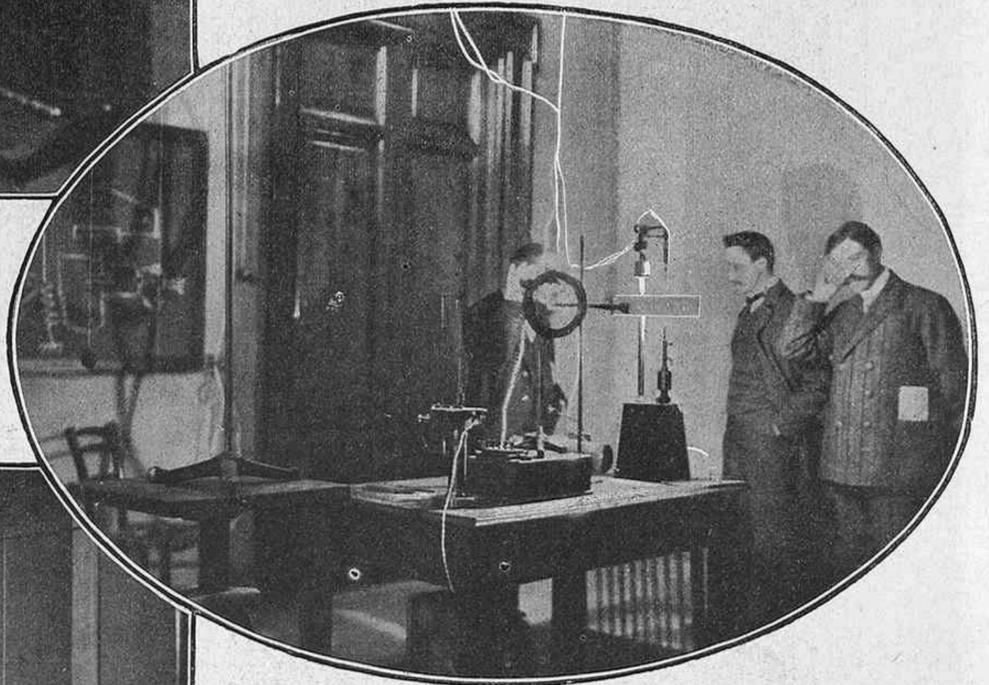


Fig. 2. — Carbones que hablan y silban

de la dinamo que proporciona la corriente. El arco de Poulsen es de una potencia extraordinaria; con él pueden iluminar lámparas de gran amperaje, con sólo aproximarlas al aparato (fig. 3), y los tubos de Geissler (fig. 4) también se iluminan con una intensidad no lograda hasta ahora.

El sistema Poulsen es, pues, un hecho nuevo y de gran importancia. El inventor ha radioteleografiado en Dinamarca, á 300 kilómetros de distancia, entre Lindeyn y Esbjerg, con resultados tan maravillosos, que desde luego se ha visto que la telegrafía sin hilos ha entrado en un período de transformación y de perfeccionamiento.

Roma, diciembre de 1906.

(Fotografías del mismo.)

CARLOS ABENIACAR.

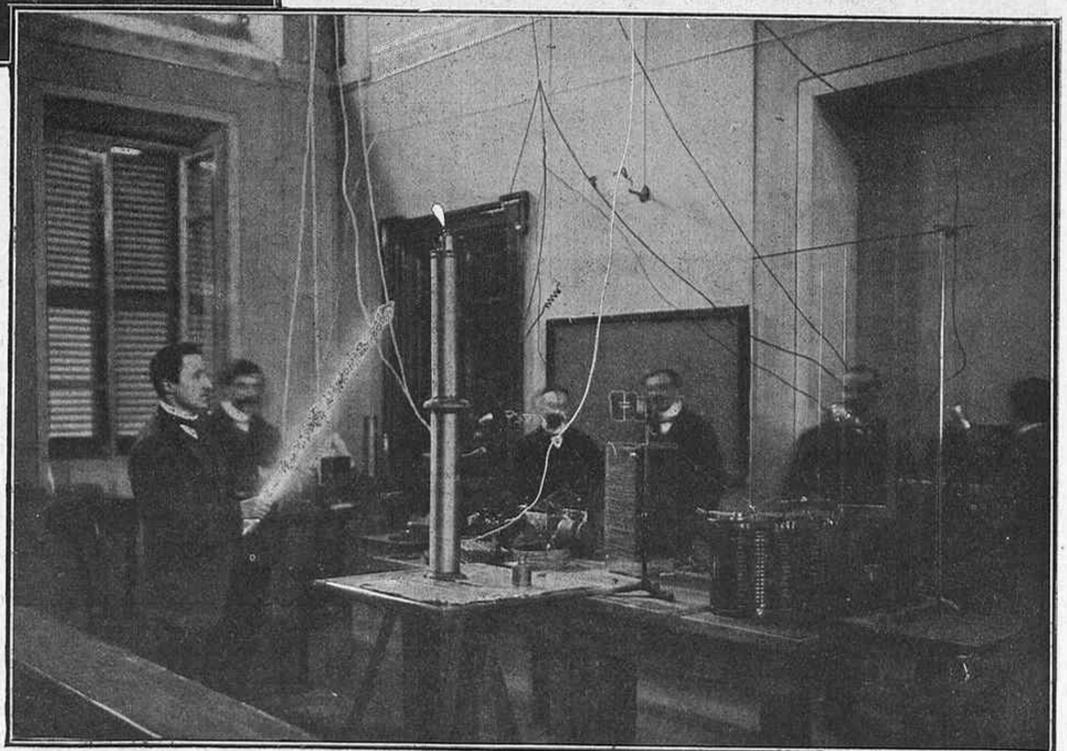
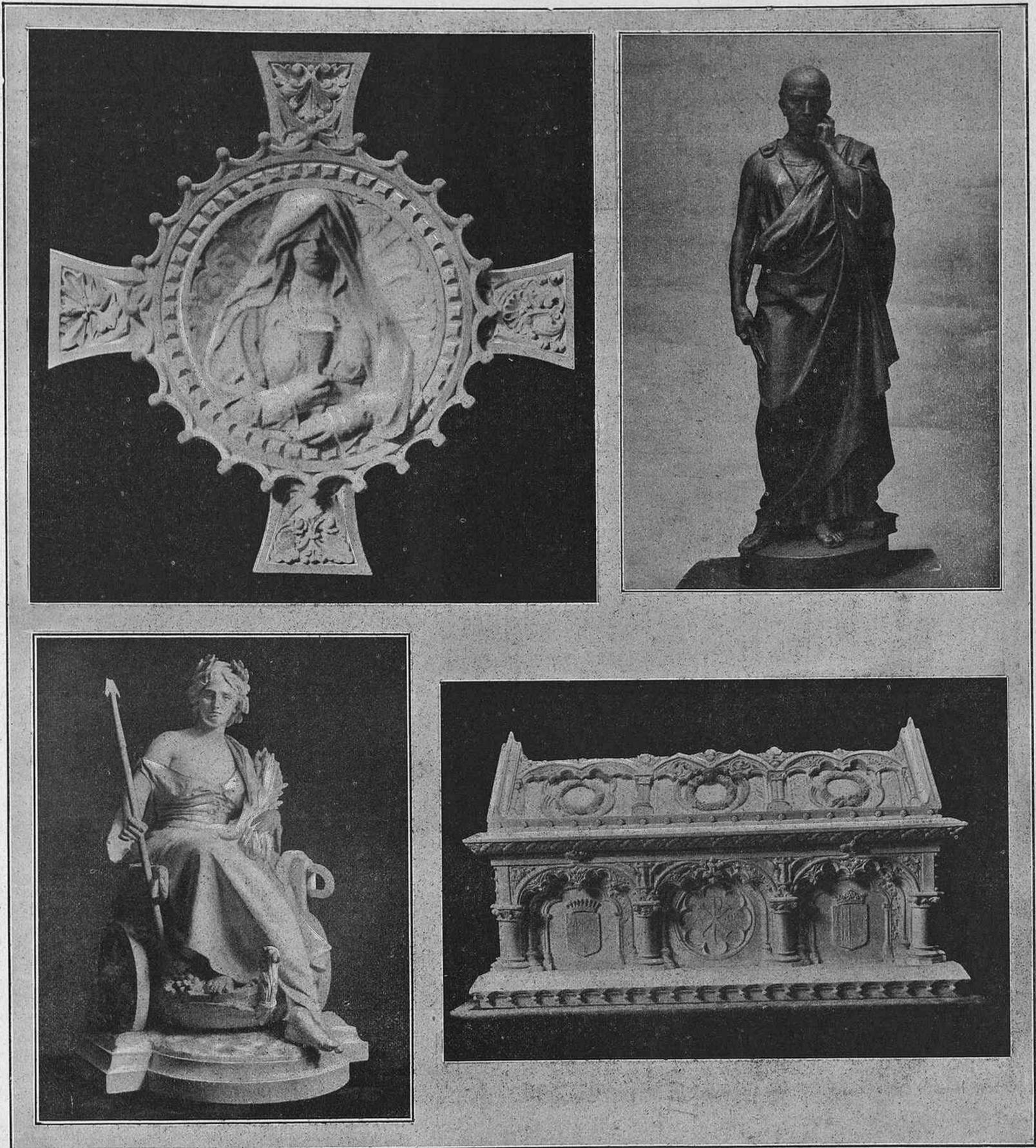


Fig. 4. — Iluminación á distancia del tubo de Geissler

LA FE.—LA JUSTICIA.—LA AGRICULTURA.—SARCÓFAGO DEL PANTEÓN DE LA MARQUESA DE CASAS NOVAS,  
obras del escultor José Alcoverro



#### LAS OBRAS DE JOSÉ ALCOVERRO

Al escribir el nombre de este distinguido y laborioso escultor, evocamos el recuerdo de una de sus más notables producciones, que tuvo el privilegio de llamar poderosamente la atención en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897, y que tan favorables juicios mereció de la crítica. Nos referimos á la hermosa estatua que exhibió en aquel certamen artístico, alegórica representación de «El Valor,» que revelaba las especiales aptitudes de nuestro amigo, sus singulares conocimientos anatómicos y el esfuerzo de su inteligencia.

Hoy, gracias á su galantería, podemos dar á conocer á nuestros lectores algunas de sus últimas producciones, inspiradas, como la que mencionamos, en ese concepto del gran arte, al que rinde nuestro paisano fervoroso culto y dedica el caudal de sus energías. La estatua de la *Justicia*, así como la de la *Agricultura*, destinada esta última á decorar el monumento de Alfonso XII, han de estimarse como producciones de esa escuela clásica adoptada para las alegóricas representaciones. Cuanto al notable alto relieve y al sarcófago, forman parte del panteón que en la Basílica de Javier posee la marquesa de Casas Novas.

#### JAN STEEN

RETRATO PINTADO POR ÉL MISMO  
(Véase el grabado de la página 41.)

Ocupa este artista un puesto eminente en la antigua escuela holandesa y con razón se le tiene por uno de los mejores pintores de género de todos los tiempos. Pocos le aventajan en imaginación para encontrar asuntos, en espíritu de observación para descubrir las debilidades y los defectos del prójimo, en humorismo para expresar esos defectos y esas debilidades por medio de figuras llenas de intención y de gracia y en facilidad para ejecutar las mayores y más complicadas composiciones.

Jan Steen nació en Leyde en 1626, estudió desde muy joven bajo la dirección de Kupfer, primero, de van Ostade, después, y finalmente de van Goyen, con cuya hija se casó en 1649, en la Haya. Su existencia fué muy accidentada, y durante una buena parte de ella, además de cultivar la pintura, ejerció la profesión de posadero. En 1673 casóse en segundas nupcias y en 1679 murió en su ciudad natal.

Sus cuadros figuran en los principales museos, especialmente de Holanda y de Inglaterra.

#### EL PARAÍSO EN LA TIERRA

CUADRO DE ALMA TADEMA  
(Véase la lámina de las páginas 48 y 49.)

Artistas y poetas han cantado de mil distintos modos el amor maternal, el más grande de los amores terrenos, y la verdad es que pocos temas se prestan tanto como éste á las más puras concepciones del arte y de la poesía. En la infancia del hijo, sobre todo, cuando el niño más necesita de los maternales cuidados, cuando á las dulces caricias de la madre responde aquél con inocentes sonrisas y en un solo beso se confunden la pasión desinteresada de la una y el cariño acaso egoísta del otro, la existencia se convierte para ambos en un paraíso, y cada minuto es un momento de dicha inefable, uno de esos momentos que nunca más se olvidan.

El célebre pintor inglés Alma Tadema ha tratado este asunto de la manera magistral que es en él característica; su *Paraíso en la tierra*, aunque evocación de una escena de la antigua Roma, es de todos los tiempos, como expresión admirable de un sentimiento que nació con la humanidad y no morirá mientras la humanidad exista.



EL PARAISO EN LA TIERRA, COPIA DEL NOTABLE CUADRO DE ALMA TADEMA. (Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Berlín.)

LA CUESTIÓN DE MARRUECOS

Han comenzado las operaciones contra Er Raisuli, y como sucede en todos los acontecimientos de esta índole, han circulado las noticias más contradictorias, que hacen que sea sumamente difícil conocer la verdad de los hechos en los primeros momentos.

En el número anterior dimos cuenta de la huida de Tánger del famoso bandido apenas supo que se aproximaba Si Maho-



El ministro de la Guerra de Marruecos SI MAHOMED EL GUEBBAS. (De fotografía.)

med el Guebbas con su mehalla. Las lluvias impidieron que las fuerzas leales avanzaran, y Er Raisuli aprovechó esa tregua para cometer algunas fechorías en las inmediaciones de Zinat, en donde se había refugiado; pero en la mañana del 4 salieron aquéllas de Tánger y al día siguiente atacaron la población rebelde. Rompió la infantería el fuego, al que contestaron las tropas de Er Raisuli, causando sensibles bajas en los soldados del sultán. Estos, en vista de la resistencia, recurrieron á la artillería, que en poco tiempo destruyó la kasbah de Er Raisuli, gracias á la intervención de un oficial argelino, Ben Sediva, debidamente autorizado por el ministro de Francia en Tánger.

Las fuerzas de la mehalla entraron en Zinat; pero Er Raisuli había escapado oportunamente, refugiándose en las montañas vecinas, que ofrecen, según parece, posiciones inexpugnables.

Han corrido rumores de que el bandido había sido hecho prisionero; se ha dicho que se había refugiado en casa de su cuñado el jaque de Zilam, el cual proponía su entrega al Maghzen mediante una fuerte suma; se ha afirmado también que le había dado asilo el morabito Abdel Salem, cuya vivienda es inviolable por su carácter religioso; pero nada de esto se ha confirmado.

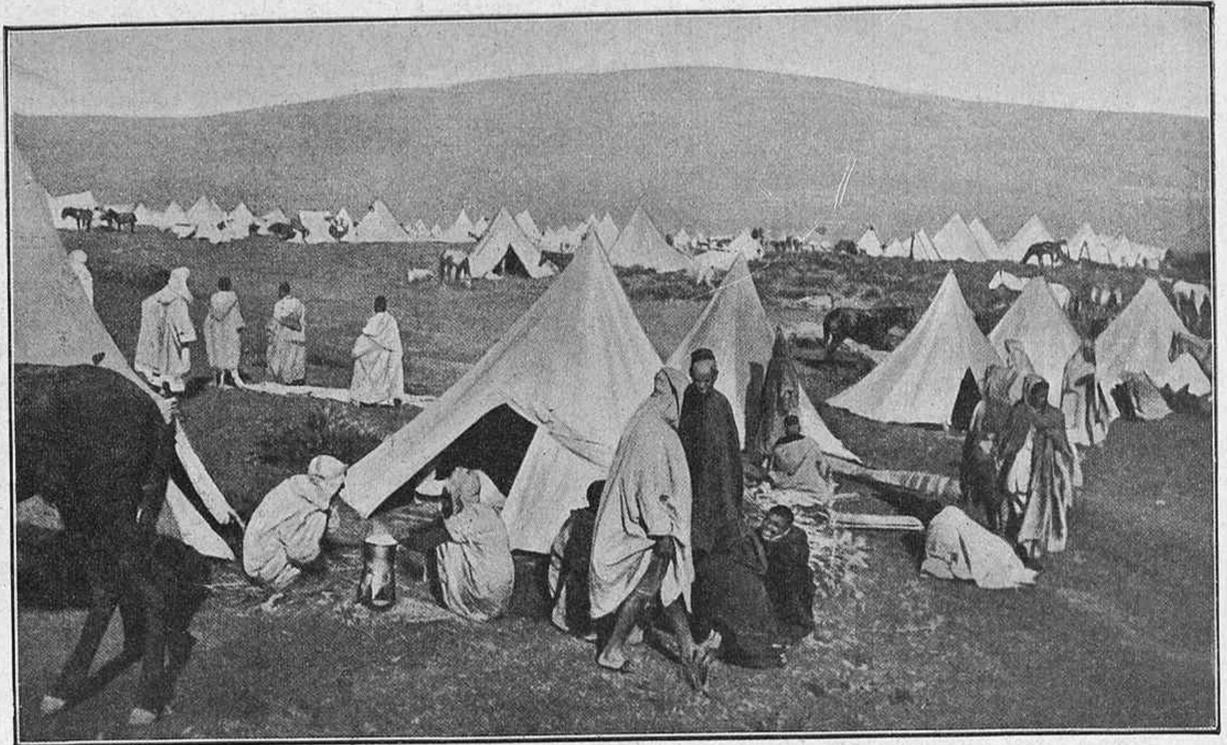
Lo único positivamente cierto es que Zinat ha sido saqueada por los de la mehalla, quienes en el Gran Zoco de Tánger han vendido grandes cantidades de azúcar, trigo y petróleo procedentes del saqueo.

Si Mahomed El Guebbas se dispone á proseguir sus operaciones contra Er Raisuli, recibiendo en el entretanto la sumisión de varias cabilas, á las que el miedo aparta del bandido rebelde á quien habían servido.

MONUMENTO A NAPOLEÓN I EN LA ISLA DE ELBA

El día 5 de mayo próximo se inaugurará este monumento, erigido en la isla de Elba en el mismo sitio en donde vivió

Hasta ahora ha puesto en escena *Malia*, de L. Copuana; *Marrussa*, de Broggi; *Cavalleria rusticana*, de Verga; *Zolfara*, de Linopoli, dramas de costumbres sicilianas, y traducciones, ó mejor dicho adaptaciones de *Tierra baja*, de Guimerá, y de



MARRUECOS. - CAMPAMENTO DE LA MEHALLA DE SI MAHOMED EL GUEBBAS Á LAS PUERTAS DE TÁNGER (De fotografía.)

Napoleón después de haber abdicado en 14 de abril de 1814 y de donde salió en 1º de marzo de 1815, para ejercer nuevamente la soberanía efímera á que puso término la batalla de Waterloo.

La estatua del emperador, que se alzará sobre un pedestal de mármol rosa, tendrá tres metros de altura; el escultor, para modelar el rostro de la misma, se ha servido de la mascarilla original que se sacó inmediatamente después de la muerte de Napoleón. La figura mira hacia Córcega, y en su mirada y en la expresión de su semblante se ven la cólera y el deseo de tomar el desquite contra los que le desterrarón á la isla de Elba.

La obra de Sindoni, joven escultor siciliano, muy estimado en Italia y en el extranjero, ha sido muy celebrada por los muchos críticos y artistas que la han visto en estos últimos días.

*Juan José*, de Dicenta. Todas esas obras han sido admirablemente ejecutadas por los citados artistas, á quienes el público tributa cada noche grandes ovaciones.

PARÍS. - Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Regiane *La Savelli*, comedia en cuatro actos y siete cuadros de Max Maurey; en la Opera Cómica *Madame Butterfly*, ópera en tres actos, letra de L. Illica y G. Giacosa, traducida al francés por Pablo Ferrier, música del maestro Puccini; en el teatro Moliere *Bat' d' Af*, comedia en cinco actos y ocho cuadros de Arturo Bernede y Aristides Bruant, y en los Bouffes Parisiens *Où est Moreau?*, vaudeville en tres actos de Pablo Bonhomme y Guido de Teramond.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - BARCELONA. - El «Centre Popular Catalanista» de San Andrés de Palomar ha organizado una notable exposición de Arte, en la que llaman principalmente la atención las academias y dibujos al lápiz y al carbón de Cardeñas; un proyecto de mosaico de Vélez; un proyecto de vidriera de Riera; los papeles pintados de J. Gutiérrez; un jarro pintado por la Srta. Gutiérrez; un marco Luis XV de Valls; varios yesos de Badía, Xumetra, Ramos y de la señorita Portella; los proyectos de muebles de Cardeñas y Moliné; los modelos de encajes de las Srtas. A. Gutiérrez y Ginjaume; las pinturas de flores de las señoritas L. Gel y A. Llenas; las acuarelas y los cuadros al óleo de Pons, Bordas, Mir, Ariet y Gomila; las esculturas de Bartra, Bassas y Arqué; las instalaciones arqueológicas del Fomento Regional de La Sagrera y de los Sres. Soler, Falqués y Rius; unas reproducciones de cuadros antiguos de la Srta. A. Llenas; y las instalaciones de baldosas de las casas Escofet y C.ª, Vila é hijos de Payarols, y Oliva.



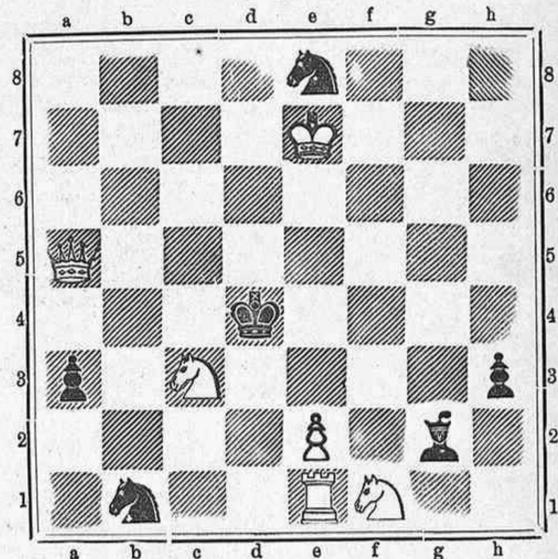
Modelo del monumento á NAPOLEÓN I, que se erige en la isla de Elba. Obra de Turillo Sindoni (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

Espectáculos. - BARCELONA. - Se han estrenado con buen éxito: en Romea *El mestre*, comedia lírica en tres actos, libro de Pompeyo Creuhet, música del maestro Morera y decorado de Mauricio Vilomara; y *El patró Pere March*, drama en un acto de Pompeyo Gener. En Novedades trabaja una notabilísima compañía dramática siciliana que dirige el Sr. Grasso y de la que son principales partes la señora Mimi Aguglia Ferrau y el Sr. Majorana.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 449, POR V. MARÍN.

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 448, POR V. MARÍN.

- |                 |                |
|-----------------|----------------|
| <b>Blancas.</b> | <b>Negras.</b> |
| 1. Dc8-d8       | 1. Rd4-e3      |
| 2. Cd6-f5 jaque | 2. Cualquiera. |
| 3. D mate.      |                |

- |                 |          |
|-----------------|----------|
| 1. . . . .      | Rd4-c5   |
| 2. Dd8-c7 jaque | R juega. |
| 3. D ó A mate.  |          |

VARIANTES

- |                    |                       |
|--------------------|-----------------------|
| 1. . . . . Aa7-c5; | 2. Dd8x16 jaque, etc. |
| Otra jug.ª;        | 2. Dd8-a5, etc.       |

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM  
créé par VIOLET, 29, Bd ITALIENS, PARIS.



—¿En qué piensas?, le preguntó ella

## EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, coronada por la Academia Francesa

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

—¡Qué raro, no se le conoce nada!  
—¿Pero qué quiere usted que se me conozca?, preguntó Marthenay.

La joven se echó á reír y siguió con sus burlas.  
—Es imposible negarlo. Estos coloniales tienen una práctica grande en el tiro al blanco. En un cotillón les eclipsará usted..., pero en la guerra, ya es otra cosa...

—No entiendo una palabra...  
—¿No? Vaya si me entiende usted. El Sr. Guibert le ha vencido, y nosotros le aplaudimos, porque ha de saber usted que es nuestro héroe; y usted, usted no es ningún héroe. ¡Si algún día se moja en la instrucción, nos lo cuenta usted durante ocho días seguidos! Además, cuando se quiere pelear de veras no se ingresa en caballería.

No hay nada más difícil para un hombre de mundo, que salir de un modo ingenioso de la situación en que pueden colocarle los atrevimientos á que se lanza impetuosamente una mujer hermosa. El teniente Marthenay no brillaba por su ingenio. Quiso volverse contra Marcelo Guibert.

—Caballero, las mujeres le protegen.  
Isabel Orlandi no soltó su presa y contestó:  
—¡No tiene necesidad de protección para avanzar!  
La señora Dulaurens intervino:  
—Isabel, por Dios, tenga usted juicio.

La joven alzó los brazos al cielo y exclamó cómicamente:  
—¡Ni con flores se puede atacar á un oficial de dragones!

Sentía un placer en humillar al teniente. Antes de que la vida la humillase—puesto que estaba de antemano decidida á todo sacrificio, incluso el del amor, para conseguir sus deseos de lujo—se entregaba por completo á la alegría de ser hermosa, coqueta y atrevida.

Clemente Dulaurens, que acababa de llegar, cambió por completo la conversación haciendo unas preguntas á Marcelo acerca de unos nombres malgachos que había aprendido.

—Oiga usted, capitán, ¿es verdad que existe este

nombre, Antanimbarindratsoksoraka? ¿No se trata de un embuste de los periódicos?

—No. Es el nombre de un pueblo.  
—¿Y Ramazombazaha?  
—Era el jefe de los Hovas al principio de la campaña. Nuestros soldados para abreviar le llamaban *Ramasse ton bazar* (Recoge tu bazar).

—Ya ve usted, dijo Clemente Dulaurens, yo soy el único capaz de hablar con usted de la expedición de Madagascar empleando los verdaderos nombres del país, pues aún sé otros tan complicados como estos.

Durante la escena anterior, Alicia, toda asustada, había guardado silencio.

Sentáronse á la mesa, y pronto este ligero incidente fué olvidado en la cordialidad general que acompaña siempre á los días de campo y excitación física. Isabel, menos agresiva, supo entretener hasta á su enemigo. Alicia, colocada entre Marcelo Guibert y Armando Marthenay, se esforzaba bondadosamente en ser agradable á los dos, guardando su reserva habitual. Al levantarse de la mesa, dejó olvidado al lado de su cubierto el ramo que había llevado toda la tarde prendido en el pecho. Marcelo lo cogió, y Alicia se dió cuenta de ello.

—¿Me lo regala usted?, preguntó con voz que se prestaba poco á la súplica.

Y añadió:  
—Usted no se acordaba de él, puesto que lo dejaba olvidado. Además las flores están marchitas.

Ella no contestó, pero sonrióse y se puso encarnada; y en aquella sonrisa él vió una dulce señal de preferencia...

Marcelo partió de Aix el primero para llegar pronto al Maupas y evitar toda ansiedad á su madre. La noche era tan templada, que al saltar al andén de Chambéry, cerca de las diez, decidió hacer el camino á pie: tres kilómetros en terreno llano, por una avenida de plátanos, y una rápida cuesta por entre un bosque de encinas.

Andaba de prisa y de cuando en cuando aspiraba

con delicia el perfume del ramillete. Al acercarse al Maupas, en la doble obscuridad de la noche y de los árboles, distinguía apenas unas cuantas estrellas que brillaban á través de las hojas, y cuyo brillo aumentaba dentro de aquella bóveda obscura. Respiraba ávidamente el aire fresco y balsámico. Su pecho se dilataba. Sentía con delicia inefable una nueva exaltación de todo su ser.

¿Amaba? No lo sabía. Pero había bastado la presencia de una delicada joven de ojos celestes para agitar todas las ardientes pasiones de la juventud.

Un recuerdo preciso acudió, bruscamente á su memoria. Parecióle verse en Argelia algunos años atrás. Era una de esas inolvidables noches de Oriente; de un azul intenso, de un aire caliente y enervador. Solo, á caballo, iba al paso por entre la maleza, cuando de repente su cabalgadura se paró. A su alrededor sólo veía las finas siluetas de los arbustos más próximos. A pesar de las caricias y de la espuela, el animal no quería avanzar y su cuerpo era agitado por largos estremecimientos. ¿Había algún ser viviente, en la sombra, junto á ellos? En el gran silencio que caía sobre la llanura obscura y desierta, olfateaba algo invisible. Ante aquel peligro misterioso é inevitable no tuvo miedo; al contrario, se daba cuenta de toda su energía y de toda su fuerza.

Con un esfuerzo violento hizo avanzar á su caballo, que partió al galope por entre las tinieblas. Y no pudo saber si el animal había temblado ante un peligro imaginario, ó si verdaderamente habían pasado muy cerca de la muerte.

¿Por qué este recuerdo se presentaba en aquel momento? Revivía las emociones extrañas de aquella noche lejana. Como entonces, adivinaba un peligro desconocido; no sabía hacia qué porvenir de alegría ó de tristeza marchaba. Pero, como entonces, conocía su potencia. Apoyó la mano sobre su pecho, que se hinchaba palpitante aspirando la brisa nocturna.

Se irguió, tuvo deseos de elevarse más, y le pareció que su juventud era admirable. Ebrio de esperanza y orgullo echó á correr.

Al pararse, el peligro sin causa conocida que presentía no había desaparecido; lo llevaba dentro de él.

En el bosque, la dulce noche suspiraba melancólicamente...

Más tarde, Marcelo recordó aquel momento en que había corrido en la sombra hacia una cosa embriagadora y terrorífica, hacia el amor.

### IV

#### UNA MATINÉE EN LA CHENAIE

—Vengo á robarle sus hijos, dijo Juan Berlier á la señora Guibert después de saludarla.

Esta contestó dulcemente:  
—¡No me los robe usted, por favor!

Y una sonrisa fina y suave se asomó á sus labios. El joven la había sorprendido trabajando, sentada á la sombra de los castaños, casi enfrente de la casa. Llevaba puestos los lentes para seguir mejor los puntos de su costura. En seguida llamó á Paula y Marcelo, que se paseaban, no muy lejos, por el jardín. Y mientras ellos bajaban una avenida invadida por la hierba, preguntó casi tímidamente:

—¿Van ustedes á la Chénaie?  
—Sí, contestó Juan, vamos á jugar al *cricket* ó al *tennis*.

Y arrepintiéndose de sus intenciones, añadió:  
—Si usted quiere, no les digo nada.

—¡Oh, no! Marcelo tiene necesidad de distraerse, de hacer ejercicio. Está acostumbrado á una vida activa. Y mi pobre Paula ha vivido demasiado tiempo sola con mi vejez y nuestro dolor.

No pensaba en ella ni en su soledad.  
La señora Guibert consideraba á Juan Berlier casi

como un hijo. Desde pequeño le había visto en el Maupas jugar junto con los suyos. Era hijo único de un abogado gloria del foro de Chambery, muerto en la flor de la edad. Huérfano desde muy niño, fué educado por un tío suyo, hombre singular y original que se olvidaba de todo el mundo, incluso de su sobrino, absorto en el comercio de flores. Era hermano de la madre de Juan. El Sr. Loigny vivía cerca de la ciudad, en la carretera de Cognin, habitando una casita oculta entre rosales. Cultivaba su jardín y preparaba una nomenclatura de aquellas plantas. Estas ocupaciones absorbían por completo su vida. No se daba clara cuenta de las ausencias de Juan, que pertenecía a los tiradores argelinos; cuando éste regresaba con licencia, cada año y medio, le ponía al corriente de sus descubrimientos en la familia de las rosáceas, y creía darle con ello una prueba de gran afecto.

Al llegar Marcelo y Paula, Juan les dijo que les esperaban en la Chênaie.

—Además, dijo a Marcelo, debes visita a la señora Dulaurens desde la tarde de la batalla de flores. De modo que aprovechas la ocasión de ir a jugar una partida de *cricket* para pagársela.

—Verdad, dijo el capitán.

—¿No viene usted con nosotros, Paula?

Ésta rehusó, alegando su carácter hurraño.

Marcelo la miró con tristeza y Juan con simpática curiosidad. Éste recordaba haber jugado en aquel mismo patio con una niña de exuberante alegría y traviesa como un muchacho; y ahora la veía transformada en una joven reservada y altiva hasta con sus antiguos compañeros de juego, y no podía menos de admirar su gracia elegante y esbelta, aunque fuerte, y sus ojos melancólicos, de donde parecía brotar la luz. Deseaba reconquistar la amistad de la Paulita de otros tiempos; pero ante la Paula de ahora, tan hermosa y de tan frío aspecto, sentía cierta molestia y timidez que no quería profundizar.

—Juan, tengo que reñirle, dijo de pronto la señora Guibert.

—¡Oh, por favor, no me riña usted!, exclamó imitando el gesto de una persona asustada.

Su buen humor era proverbial, y bastaba su presencia para llevar la alegría a todos los rostros.

—¿Le parece bien que, siendo nosotros sus amigos más antiguos, hayamos tenido que saber el suceso más importante de su vida de boca de la señora Dulaurens?

—¿El suceso más importante de mi vida?, dijo Juan simulando un gran estupor.

En este momento, Paula se levantó, dirigiéndose hacia la casa, como si tuviese algo importante que hacer allí dentro.

—¡Su casamiento!

—¿Mi casamiento? ¡Oh, cielos! ¿Y con quién?

—Con Isabel Orlandi.

La señora Guibert, que siempre hablaba en serio, había creído de veras la noticia dada por la señora Dulaurens. Juan Berlier se echó a reír.

—¡Mi *flirt!* ¡Habrás querido decir mi *flirt!* Apuesto cualquier cosa a que ignora usted el significado de esta palabra inglesa.

Paula subía lentamente la escalera, apoyando sus manos en el pecho como si respirase con dificultad; después de oír a Juan, siguió marchando ligera. Al pasar por delante del espejo del salón, se detuvo sorprendida de su belleza. La luz favorable del sol le hacía ver una imagen más encantadora de lo que ella creía. Sonrióse tristemente, como diciendo: «¿Y qué? ¿De qué sirve la belleza a las que no tienen dote? ¿De qué sirve este foco de ternura y abnegación que arde en el pecho como una lámpara olvidada en un santuario desierto?» Sin embargo, sentía un consuelo inconsciente ante la vista de su inútil seducción.

Juan había tomado el aire grave de un sabio que resuelve un teorema.

—El *flirt* es precisamente la corte que se hace a las jóvenes con quienes uno no se casa jamás.

—Pues hace usted mal, Juan. Yo soy una vieja y debe usted hacerme caso. El juego nunca es igual para ambas partes. Las muchachas nunca pierden la esperanza de conseguir un marido. Y con su proceder engaña sus legítimas esperanzas, y turba, inútilmente y por gusto, la paz de su corazón y la rectitud de sus sentimientos.

El joven oía este pequeño sermón con respetuosa sonrisa.

—Me gusta mucho oírle a usted. Pero veo que usted no conoce a nuestras muchachas de hoy en día.

—Yo tampoco las conozco, dijo Marcelo. ¿Tú vas con frecuencia a la Chênaie?

—Sí, soy demasiado *revoltoso* para pasar todo el día en la casa de los Rosales. Mi tío está temiendo continuamente que le estropee alguna planta. Vive en una mortal inquietud, y cuando vuelvo las espal-

das lanza un suspiro de alivio. Además toda la gente de la Chênaie es sumamente interesante.

—¿De veras?, dijo Marcelo esforzándose por tomar un aire indiferente.

—Encuentran mil combinaciones ingeniosas para matar el tiempo, su más temible enemigo. Pero a pesar de ello, muchas veces conocen el aburrimiento de no tener nada que hacer. La señora Dulaurens se agita, se enfada, redacta invitaciones y *menús* ó relatos de sus *matinées* para los periódicos. Su marido, ceremonioso y meticoloso, arregla su biblioteca, cuyo admirable orden nadie se atrevió nunca a turbar, saluda a los invitados de su mujer, aprueba los menores gustos de su esposa, y con su actitud de respeto parece pedir perdón de su baja estofa a su compañera, tan linajuda y aristocrática. Su hijo Clemente con su automóvil despachurra perros, sin que afortunadamente hasta ahora haya pasado de los perros.

—¿Y Alicia?, preguntó ingenuamente la señora Guibert.

Juan contestó con prudencia:

—Alicia espera los acontecimientos, que no pueden menos de serle agradables. El cielo le ha colmado de belleza.

—¿En la Chênaie hay alguien más que los Dulaurens?, dijo Marcelo.

—Hay sus invitados; por ejemplo, la señora Orlandi. Esta señora ha regresado a su ciudad natal a llorar la muerte de sus encantos perdidos al propio tiempo que su marido. Cuando era guapa vivía en Florencia. Al marcharse su belleza, abandonó la sociedad y huyó de Italia. Su resquebrajada fortuna reclamaba esta huida, y no quiso decaer en donde había triunfado. Ha mandado retirar de sus habitaciones todos los espejos; según dicen, se han refugiado en el cuarto de su hija. En su casa sólo admite criadas frescas y bonitas, y se adorna con sus joyas cual si fuese un escaparate. Todo el día lo emplea en sacar y guardar esos restos de antiguos triunfos; sin embargo, aún le queda tiempo de ocuparse de un horrible perro dogo llamado Pistacho, que quiere más que a Isabel.

—Por fin hemos llegado, aunque dando un largo rodeo, dijo Marcelo.

—Isabel es encantadora. Sabe que su belleza tiene derecho a pescar un marido millonario. Y no renunciará sus derechos. Su madre, lo mismo que yo, la animamos a ello.

—¡Por Dios!, protestó la señora Guibert dejando su costura.

—Y hay que confesar que ella no necesita muchos impulsos, siguió diciendo Juan. Esas italianas son muy prácticas. Y por último, no es menos digna de ser conocida la señora Sougeon, cuyo flaco perfil de solterona aristócrata es adorno constante de la Chênaie.

—Ya la conozco, dijo la señora Guibert. Es una santa. Preside un gran número de sociedades caritativas, y emplea su preciosa vida en conferencias piadosas y peregrinaciones.

—Mejor dicho, en presidir y viajar. Es amiga del mando y del movimiento. Ordena y se mueve de un lugar a otro, y pretende obedecer a sus sentimientos religiosos cuando se sirve de ellos para satisfacer su doble pasión. Según dicen las malas lenguas, acosa sin descanso, como un judío, a sus deudores, para poder visitar a Dios con más frecuencia en los santuarios de moda.

La señora Guibert quiso taponarle la boca.

—Por Dios, Juan. ¡Qué cosas cuenta usted! Va usted a hacernos creer que es usted una mala lengua.

—No. Si esto no son murmuraciones, contestó. Dispénsame, pero he hablado con toda libertad, como lo haría con mi familia, si la tuviera.

Y para no continuar con el tono de tristeza que encerraba su última frase, añadió:

—Aquí, con ustedes, me encuentro tan a gusto... Desde niño he frecuentado esta casa, que para mí era la casa de la dicha. Pero no me hable usted de la señora de Sougeon. ¿Ella una santa? ¡Ah, no, señora, no! ¡Usted, usted sí que es una santa!

La señora Guibert, a pesar de su edad, no podía recibir elogio alguno sin ponerse colorada. Su energía sólo era interna.

—¡Por Dios, Juan, no diga usted esto! ¡Dios ha querido probarme... y nada más!

Juan miró sorprendido a aquella anciana vestida de luto, con el rostro marchito por el dolor, con los ojos siempre llenos de lágrimas, dando gracias al cielo por las pruebas sufridas. Ella observó la sorpresa de Juan y añadió:

—Sí, Dios me ha colmado con sus favores antes de retirármelos. Y aunque yo tiemblo por mis hijos dispersos—por éste (y señaló a Marcelo), que ha corrido tantos peligros,—¿no debo estar orgullosa de su valor y de sus trabajos? Su vida, ¿no es también mi vida?

Juan, emocionado por completo, se levantó, tomó la mano de la señora Guibert y la besó respetuosamente.

—Es usted una santa, ya lo decía yo. Cuando la veo, deseo ser mejor, me entran deseos de no despilfarrar mi vida y dedicarme a hacer algo útil como hacen sus hijos. ¡Pero yo perdí a mi madre siendo muy niño!

Vió que Paula bajaba la escalinata. Llevaba el sombrero puesto, reflejándose en su cara una nueva expresión de alegría.

—¡Ah! ¿Conque por fin se ha dolido usted, Paula?

—Sí. Hace un día muy hermoso, y además Marcelo se enfada si me quedo.

Abrazó a su madre y partió hacia la Chênaie entre los dos jóvenes, cuyo paso rápido tomó sin dificultad alguna.

Se llega a la Chênaie subiendo por la carretera de Chaloux que pasa por encima de Cognin. Una avenida de plátanos que atraviesa el parque conduce a la villa, espaciosa y elegante, desde donde la vista se extiende hasta el lago de Bourget, rodeado de montañas que se reflejan en sus sombrías aguas. Ante la fachada principal, un césped sin un solo árbol, en donde hay marcados un juego de *cricket* y un *tennis*, dejan libre esta perspectiva; pero detrás de la casa un bosque de encinas centenarias ofrece durante el verano rincones frescos y en completa sombra.

Los Dulaurens se distinguían en procurar a sus huéspedes la mayor libertad y comodidad posibles. Cuando llegó Paula acompañada de su hermano y Juan Berlier, la partida de *cricket* estaba interrumpida y formaban círculo alrededor de Isabel Orlandi, que hablaba en voz alta gesticulando:

—¡Ea, se llama Landeau!

—¿Quién?, preguntó Juan mezclándose al grupo.

—¡Mi prometido!

Y soltó una carcajada estridente, nerviosa, casi desgarradora, mientras tendía la mano a Juan.

—Juan, buenas tardes.

Le llamaba por su nombre porque se habían hablado una sola vez siendo niños.

—Tome usted este martillo rojo. Dejemos esta partida tan poco interesante y volvamos a empezar. Usted se queda en mi campo.

Y reorganizó el *cricket* a su antojo, pareciendo de momento interesarse en el juego. La bola de Juan vino en ayuda de la suya, que un golpe hábil de martillo había mandado lejos de los arquillos. Aprovecharon este aislamiento que ellos mismos habían buscado.

—Sí, dijo ella, mientras él se fijaba en su palidez; le participo mi casamiento con un industrial de Lyon. Un matrimonio de conveniencia.

—Mi enhorabuena.

—Muchas gracias. Muchos millones y grandes fábricas que marchan prósperamente. Ha prometido a mi notario señalarme un buen dote. Por lo cual, usted comprenderá que me importa poco que sea feo, viejo y lleve un nombre ridículo.

—Claro.

—¿Verdad?

Sus compañeros de juego les llamaron burlándose de su retraso. Estos trataron en vano de reaccionarles. Por culpa de ellos perdieron la partida.

Al ir al salón para tomar unos refrescos, se adelantaron a los demás grupos que subían lentamente y escalonados, y dieron la vuelta a la villa. De este modo se quedaron los últimos. Mientras realizaban esta maniobra, ella preguntó a quemarropa a su acompañante:

—¿Cree usted, Juan, que sea posible casarse llevando un amor en el alma?

—¿Hacia el marido?

—¿Se burla usted?

En efecto, bromeaba, porque no quería darse por entendido. Pero al fijarse sus ojos en una repugnante babosa que se arrastraba sobre una roca, sintió por la belleza sacrificada de Isabel un sentimiento mezcla de piedad y pena.

—Más vale amar antes que después, dijo por fin.

—¡Oh! Si se ama antes, se sigue amando después.

Él dió un giro a la conversación porque luchaba contra un enternecimiento voluptuoso. Jamás había deseado con tanto ardor aquel perfil enérgico, aquellos labios rojos y sensuales, aquellos dientes brillantes, toda aquella gracia fresca y maciza y al propio tiempo esbelta.

—¿Ve usted como soy un brujo? Ya se lo profeticé a usted aquella tarde en el tren.

—Sí. Mi madre no se ha cansado de repetírmelo: «Hija mía, a los ocho días todos los hombres son iguales. La fortuna y la juventud son cosas pasajeras, pero sólo la primera da valor a la segunda.»

—Su madre es muy sagaz.

—En Italia son así. La poesía sólo está en las palabras.

De repente, con la espontaneidad que constituía su mayor encanto y la llevaba á transportes inesperados, se echó á llorar. Y al ver que él se sorprendía en vez de afligirse, le dijo:

—¿Por qué no se casa usted conmigo?

A lo que contestó rápidamente:

—Porque no puedo llevármela á Africa.

—Se dedicaría usted al comercio. Se gana mucho dinero, y además el señor Landeau le ayudaría.

Y el pensar en el papel que señalaba al Sr. Landeau, le dió tal risa que acabó por contagiarse á su acompañante. Al atravesar la avenida de plátanos, aprovechó la sombra de un árbol para presentar su mejilla á Juan.

—Déme usted un beso para consolarme.

Y aún sentía Juan en sus venas el efecto de aquella cara fresca, cuando ella ya se había tranquilizado.

—¡Que lástima! ¿Por qué no será usted millonario?

—Esto es lo que yo digo, contestó Juan Berlier...

La señora Dulaurens, después que Juan é Isabel pasaron delante del primer grupo, dijo señalándola:

—Lejos de criticarla, apruebo su conducta. Su matrimonio es la mayor prueba de una gran firmeza de carácter. Porque, en definitiva, ella no tiene fortuna.

El coro de amigos opulentos aplaudió esta conclusión. Alentada, siguió, no sin que antes echase hacia atrás una mirada aseguradora:

—En cambio, vean ustedes á Paula Guibert. De seguro no se casaría con el Sr. Landeau. ¡Sin un cuarto y siempre triste! ¿Cómo es posible que se case?

—Sin embargo, observó una señora, su padre sacrificó su fortuna por salvar á su hermano. ¡Esto es muy hermoso!

—¡Por salvar el nombre de los Guibert! Más le hubiese valido guardar su dinero. ¿Quién se acuerda ahora de aquel sacrificio?

Un caballero dijo en tono sentencioso:

—El olvido anda más de prisa que la muerte.

—El teniente Sinard se enamoró de Paulita en el baile de máscaras que dió hace dos años, antes de morir el doctor Guibert. Y pensó seriamente en casarse con ella. Pero después heredó trescientos mil francos, y como es natural, picó más alto.

—¡Claro!, exclamó el coro. Variaron por completo las circunstancias...

Unos cuantos pasos atrás la señora Orlandi, con el peso de sus carnes, avanzaba poco á poco, acompañada de la señora de Sougeon. Resoplaba y se metía en una serie de consideraciones para hacer ver las ventajas del matrimonio de su hija.

—A Isabel le ha costado mucho trabajo decidirse. Pero se trata de un hombre de principios y además posee una gran fortuna, lo cual nunca estorba.

Los *principios* iban destinados á la presidenta, que preguntó:

—¿Ya no trabaja, verdad?

—Sí, aún trabaja. Pero un trabajo de alta dirección. Dirige á millares de obreros. Trabaja como trabaja un general.

Pero la solterona murmuró secamente:

—En mi tiempo y en nuestra sociedad no se casaba una con un hombre que trabajase.

Juan Berlier é Isabel Orlandi salían en aquel momento del bosquecillo después de dar la vuelta á la villa. Él gozaba en molestar á la señora Sougeon, y las frases de ésta provocaron su intervención.

—Todo ha cambiado. ¡Este es el mal de nuestro tiempo! Antes el signo de nobleza consistía en no hacer nada; hoy los nobles viven del trabajo, que es una obligación moral, más aún que una necesidad física. El mundo anda al revés; por esto hoy en día los villanos son los únicos que no trabajan.

La presidenta honoraria de la Cruz Roja de Saboya, del pan de San Antonio y de otras congregaciones, le miró con impertinencia y replicó no sin cierta acritud:

—Los que han guardado cerdos en la tierra, también los guardarán en el cielo.

—¿Son palabras del Evangelio?, preguntó burlonamente Juan.

Alicia se había quedado atrás con Paula y Marce-

—La envidia; usted es fuerte y valiente. Yo soy muy débil. ¡Si usted supiera lo débil que soy! No tengo nada de energía.

Y sus hermosos ojos afligidos miraban á Marcelo, cual si hablara sólo para él y le pidiera socorro. ¿Por qué se quejaba de aquel modo? ¿Por qué huía de Marthenay?

—A su edad, dijo Marcelo, es preciso esperar, creer en la felicidad. ¡Es usted tan joven!

Pero en vez de estas fútiles palabras, hubiese deseado hacerle ofrenda de su alma ardiente, confortarla con su propia fuerza. Y Paula, que acababa de conocer la duda y la amargura, seguía siempre en silencio, invadida por el asombro desdeñoso de ser envidiada por Alicia, á quien la vida había colmado de bienes y que podía preparar á su gusto su destino.

El sol habíase ocultado tras del monte Lépine. Enfrente de ellos el cielo se había recubierto de un velo de oro cuyos desvanecidos reflejos arrastrábanse por encima de las aguas del lago de Bourget. El Revard y el monte del Gato, cuyas cimas brillaban, medían sus alturas según el tiempo que conseguían retener, con desesperados esfuerzos, la luz del sol poniente. Y una niebla azul-rosada esparciéndose sobre las cosas, cual lluvia de flores, ensanchaba la llanura y borraba las líneas y las distancias.

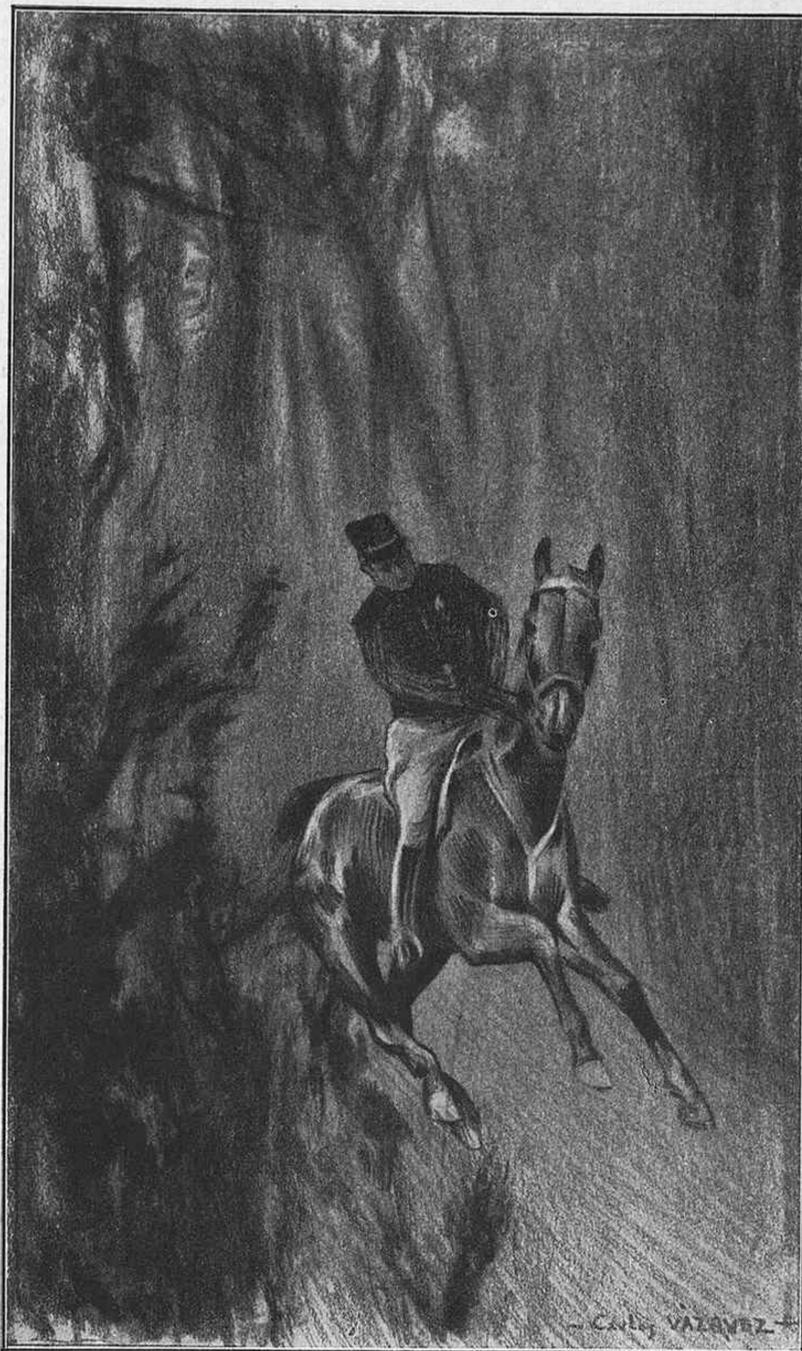
—¡Qué hermoso!, exclamó por fin Paula señalando el espléndido horizonte.

Las dos jóvenes se pusieron de pie para ver mejor el efecto de la puesta de sol sobre el lago. Marcelo sólo veía á Alicia, que vestida de blanco parecía un lirio esbelto y flexible, y cuyo puro perfil se proyectaba sobre el oro del crepúsculo, como los rostros de los ángeles que los pintores místicos del siglo xv rodeaban de una aureola. Ella volvióse lentamente hacia él, y en sus ojos deslumbrantes sus largas pestañas vibraban. Sonriéndole dulcemente le dijo:

—No veo nada. El reflejo del sol me ha cegado.

Paula se acordó de cuando con sus hermanos jugaban á mirar el sol sin cerrar los ojos. Marcelo, inconscientemente enterrecido ante una belleza tan delicada, sentía dentro de su pecho palpitar con violencia el corazón; y los deseos de sacrificio, propios del amor cuando empieza, le embriagaban.

—Alicia, dijo la señora Dulaurens, cuidado con el relente...



... hizo avanzar á su caballo, que partió al galope por entre las tinieblas

lo. Este, viéndola marchar tan perezosamente, le preguntó:

—¿Está usted cansada? ¿Quiere usted que nos sentemos en este banco?

—No, muchas gracias. No estoy cansada.

Y con su alegre sonrisa de enferma imaginaria añadió:

—Es el peso de estos largos días de verano. ¿No es verdad que son pesadísimos?

Marcelo contestó:

—No he pensado nunca en ello. A mí me gusta el sol que nos da la vida, y los días largos porque parece que aumentan nuestra existencia.

Paula, taciturna y distraída, miraba hacia la casa. Vió que una visita llamaba á la puerta, y reconociéndole dijo:

—El Sr. de Marthenay.

Los ojos claros de Alicia se oscurecieron y desaparecieron las rosas de sus mejillas. Sentóse en el banco que antes había rehusado y dijo á Paula:

—Sentémonos un rato, por favor.

Y volviéndose hacia Marcelo, con gracia encantadora añadió:

—No hay sitio para usted. Pero estoy segura que no está usted cansado.

—No, señora, no; no estoy cansado.

Después de una breve pausa dijo:

—¿Conoce usted este absurdo proverbio árabe: *Más vale estar sentado que de pie, acostado que sentado y muerto que acostado?*

—No, no lo sabía; pero me gusta.

Un abatimiento profundo, anormal, como una desesperación infantil, se leía en su rostro tan joven, tan encantador, tan dulce. Se inclinó hacia Paula, que permanecía callada, y le dijo:

Al poco rato, Marcelo y Paula se despidieron. Regresaron al Maupas por un sendero medio oculto entre grandes arbustos, que primero sigue á lo largo del barranco de Forezan, y después atraviesa un bosque de encinas y álamos antes de enlazar con el camino de Vimines. A través de las hojas de los árboles, veían de cuando en cuando un cielo rosa y violeta, un cielo de felices presagios. Sin embargo, absortos en sus pensamientos, callaban.

—¿No te has aburrido, Paulita?, preguntó por fin Marcelo.

—¿Yo? No. Te acompañaré á la Chênaie, para darte gusto. ¿Estás contento?

Estuvo un rato sin contestar. Y sin mirar á Paula, cuya tristeza no había reparado á causa de su preocupación, dejó escapar su secreto en la sombra del bosque.

—¿Qué dirías tú, si pidiese su mano?

Aunque Paula esperaba esta confidencia se estremeció. Sus ojos sombríos contemplaban el sendero cubierto de las hojas secas de los años anteriores, que recibían del crepúsculo un tono violeta. Casi con dureza contestó:

—Sus padres se opondrían.

—¿Por qué?, preguntó, dejándose llevar por el orgullo después de haberse estremecido de amor.

—Porque no tienes un título.

—Y ellos tampoco. ¿Además, hoy en día que importa?

—¡Oh! Ellos viven de prejuicios.

—¿Y si ella quiere?

—Ella no tiene voluntad.

—¿Y si me ama?

—Llorará.

(Se continuará.)

## LOS ESCLAVOS BLANCOS DE LAS PESQUERIAS DE TERRANOVA

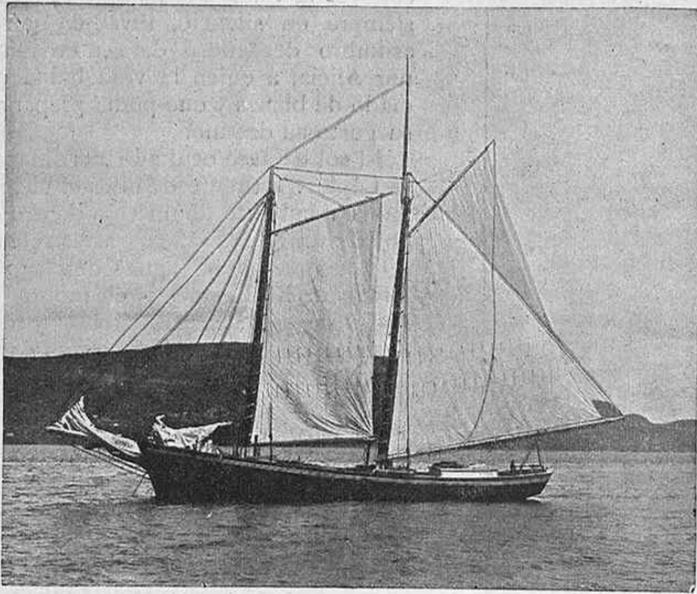
Como unos mil buques de diferentes nacionalidades, tripulados por 20.000 marineros, se dispersan por los grandes bancos de Terranova durante los largos y agradables días de verano, que es la época en que están las pesquerías en todo su apogeo. Son aquellos bancos unas grandes mesetas submarinas, a doce horas de navegación de la costa oriental de di-

boya y un ancla. Después de haberlas colocado todas, vuelven a la primera que pusieron, sacándola y examinándola por si acaso ya ha caído algo. Los pescados recogidos se llevan en seguida al barco, donde se les abre, limpia, sala y deposita en la bodega, repitiendo el procedimiento hasta que se completa la carga ó se concluye el cebo y hay que volver a tierra a buscar más.

Centenares de goletas, pertenecientes a armadores bretones, pasan el invierno en St. Pierre; todos los años, por la primavera, acuden de Francia los hombres que las han de tripular y a ella regresan cuando ha terminado la época de la pesca, después de haber pasado seis meses de penalidades y sufrimientos.

otros tres a bordo de los barcos de pesca en los bancos. Al terminar este tiempo se les destina a los buques de guerra, si son útiles para el servicio, y si no, continúan en las pesquerías.

Todos los años, hacia mediados de marzo, los reclutas de mar se concentran en St. Maló, y después de haber sido filiados y revistados, se les amontona como animales a bordo de los transportes que han de conducirlos a St. Pierre para ser distribuidos en los barcos de pesca, en los que trabajan todo el verano. Durante ese período, su existencia es muy dura. No tienen ningún día de descanso, ni se les permite ninguna distracción. Desde que amanece hasta que anochece, y a veces todavía más, trabajan sin cesar, sujetos al capricho y a la brutalidad de patrones ebrios y largos de mano y viviendo de la más miserable manera. Duermen en unos departamentos



Tipo de las embarcaciones que se dedican a la pesca del bacalao en los bancos de Terranova

cha isla, que se prolongan desde la bahía de Fundy hasta el Labrador, y comprenden un área de 1.200 millas de largo por 300 de ancho, a una profundidad de 30 a 60 brazas bajo la superficie del mar. Son los mayores comederos del mundo donde se congrega el bacalao, que es el principal alimento de los habitantes de las costas del Atlántico. Desde el año 1504 los pescadores ingleses y franceses frecuentaban esas aguas; siguieron los bretones, vascos, portugueses y españoles, y un siglo más tarde era esta la industria marítima más floreciente de Europa.

Esa región está cubierta por los hielos flotantes del polo hasta bien entrado abril, y apenas han desaparecido cuando de los innumerables puertos de ambos lados del Atlántico salen en tropel los barcos pescadores, impelidos por favorables vientos, izado todo el velamen, como bandadas de gaviotas, en busca de los sitios mejores para pescar que ofrecen los bancos. Allí, en un día de sol claro y alegre, el cuadro marino que se abarca no tiene rival en el mundo. Hasta donde alcanza la vista se extiende un animado panorama. Por todo el horizonte se ven las velas de los «banqueros», blancas, negras, pardas, rojas y abigarradas. Los buques son también de diferentes clases y aparejos, y sobre la cima de las olas, que el sol dora, se balancean los pequeños esquifes, en cada uno de los cuales van dos hombres, que son los que en realidad hacen la pesca. Efectúase ésta por medio de unas cuerdas de bastante resistencia, tendidas una a una, de varios centenares de metros de longitud, a las que de vara en vara van unidas otras más pequeñas que llevan un anzuelo cebado a fin de tentar a los voraces bacalaos. Los botecillos se apartan de sus respectivos barcos por la mañana, partiendo en todas direcciones, y cuando se han alejado próximamente una milla, colocan sus cuerdas, sumergiéndolas en el agua y poniendo a cada una, en sus extremos, una

La pequeña avanzada que Francia sostiene al Sur de Terranova, St. Pierre-Miquelon, es el centro de la industria pesquera del gran banco. Por medio de las levadas obliga a tomar parte en ella a la juventud de las provincias ribereñas del Atlántico. De todos los miles de pescadores que frecuentan aquellos parajes del Océano, los franceses son indiscutiblemente los más dignos de compasión. El oficio es trabajoso y arriesgado, pero las tripulaciones de las demás nacionalidades tienen en su favor lo siguiente: que son agentes libres, árbitros de su destino, pueden embarcar ó permanecer



Mozos de playa franceses desembarcando bacalaos en Saint-Pierre



Tripulación de un barco francés de los que se dedican a la pesca del bacalao en los Bancos de Terranova

en tierra, mientras que los franceses son los esclavos de la leva, sin poder procurarse las más pequeñas comodidades, por no hablar de otros derechos más importantes. A los diez y seis años quedan sujetos a la quinta; pasan dos años como mozos de playa, desempeñando las faenas de secar el pescado, y después

hediondos, de poca luz, sin higiene y sin limpieza, teniendo por camas montones de paja y por mantas los sacos vacíos que contuvieron sal. Su alimentación es de lo peor, el traje muy ligero, la paga insignificante. Viviendo como viven entre la degradación y la embriaguez, pronto se embotan sus buenos instintos, y a no ser que deserten y huyan al Canadá ó a Terranova, como hacen muchos todos los años, en poco tiempo quedan todos reducidos al mismo bajo nivel. No puede imaginarse nada tan repulsivo como el castillo de proa de un barco pescador francés de los bancos, donde van amontonados veinte hombres ó más.

Para formarse idea de lo que allí sucede es menester buscar en los archivos del Ministerio de la Marina de Francia los capítulos de un informe dado por la comisión nombrada en 1897 para inquirir lo que ocurría en dichas pesquerías, capítulos que no se publicaron por los horribles detalles que contenían. Hasta la parte que se publicó estaba tan llena de hechos repugnantes, que se dieron órdenes a los buques de guerra para que se inspeccionara a la escuadrilla de pesca con mayor escrupulosidad. En febrero de 1904 el fiscal de St. Maló hizo conocer al público las salvajadas que se perpetraban a bordo de los buques de pesca. Un patrón y un contramaestre, que eran hermanos, fueron acusados del asesinato de dos marineros. Uno de ellos era un escritor y viajero que se había embarcado con el propósito de estudiar la existencia de los pescadores y presenciar los horrores que, según voz pública, se cometían con ellos.

El verano pasado regresó a St. Pierre, del gran banco, un barco de pesca cuyo patrón, en un acceso de delirio, producido por el alcohol, mató a tres tripulantes. Poco tiempo antes se perdió un buque, escapando con vida únicamente dos de los veinticuatro hombres que lo tripulaban, porque el patrón, borracho, revólver en mano, no permitió que aferraran las velas. El año anterior, otro patrón fué condenado a encierro perpetuo en St. Pierre por haber maltratado en su barco a dos grumetes de tal modo, que murieron de sus resultas. Pero los casos en que esos crímenes se castigan son raros y a largos intervalos; en su gran mayoría quedan impunes.

2009 Ministerio de Cultura

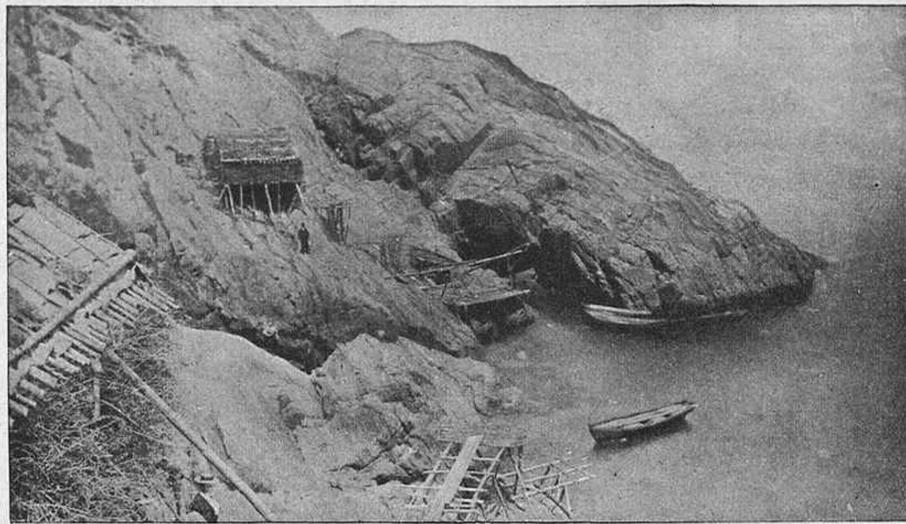
A bordo de los *banqueros* franceses la vida se tiene en poco. La estadística de defunciones que en ellos ocurren llega á las centenas todos los años, y aseguran los pescadores americanos, canadienses y de Terranova que los patronos franceses, en muchas ocasiones, no se molestan en buscar los botes con pescadores que se han extraviado, manifestando la más completa indiferencia por la suerte que pudieran correr los naufragos.

Los barcos que emplean en las pesquerías son detestables, pues cuando los de otras naciones son desechados por inservibles, encuentran siempre compradores en St. Pierre; de ello resulta que cuando ocurren tempestades en aquellas regiones, son grandes las pérdidas que sufren los franceses por lo malo de los cascos y lo podrido de los aparejos.

En los bancos, las corrientes del Labrador y del Gulf Stream se juntan, y al mezclarse las aguas calientes con las frías, producen una niebla que es casi continua y á veces tan densa, que es imposible verse de un extremo á otro de la cubierta de una goleta. Estas nieblas invaden rápidamente toda la región, y los botes que se hallan apartados de sus buques ocupados en los aparejos de pesca, quedan envueltos en un mortífero velo que oculta todo indicio de orientación; así es que bogan á la ventura sobre el silencioso Océano, pasando por los más terribles trances ó encontrando la muerte después de horribles tormentos. Esos esquifes rara vez llevan provisiones ni agua, ni ofrecen abrigo alguno á los que los ocupan, así es que éstos se ven atormentados por el frío durante la noche, por el sol de día, mojados por la lluvia ó el oleaje, azotados por los vientos y sufriendo hambre y sed.

Otra de las causas de las tristes tragedias que en los bancos acontecen son los grandes vapores transatlánticos que cruzan velozmente por aquellos parajes, hasta en medio de las más densas nieblas, echando á pique cuanto á su paso encuentran. El peligro mayor existe en las noches de lluvia y niebla, porque

hielo y que los gritos, si es que los hubo, los dieron los marineros de cuarto en la cubierta. Entre tanto, una veintena de desgraciados se quedan atrás luchando con las negras aguas, y el buque destrozado gira en la estela del vapor durante unos minutos y desaparece luego; mientras tanto en algún lejano pue-



Un depósito de cebo para la pesca del bacalao en la costa de Terranova

blecillo de pescadores las madres y las hijas velan con los ojos ardientes y los corazones afligidos, esperando el barco que no ha de volver. En el pequeño cementerio de St. Pierre hay multitud de lápidas cuyos epitafios atestiguan que fueron colocadas por esposas y madres sin consuelo, en recuerdo de alguno que, junto con todos sus compañeros, desapareció en los grandes bancos sin que jamás se volviera á saber de ellos.

Las montañas de hielo tienen una parte proporcional muy grande en el número de los que perecen todos los años en los bancos. Los barcos con frecuencia chocan con esos grandes castillos marinos, que se deslizan silenciosamente, envueltos entre la niebla, ó bien inmensos campos de hielo los destrozan con fuerza irresistible mientras están an-

desde el vapor, á no ser que los vigías estén muy alerta, no se oyen los cuernos que tocan en los barcos á tiempo para detener su marcha, y las luces de aquél no se ven desde la frágil embarcación sino cuando ya está encima, quedando destrozada, como si fuera un cascarón de huevo, al choque del inmenso casco, que la embiste con fuerza irresistible.

No siempre se detienen los grandes vapores para prestar auxilio á sus víctimas. Algunos ha habido que se han apresurado á alejarse á fin de no ser reconocidos. Luego, á los alarmados pasajeros se les dice que el choque que sintieron fué con un témpano de

clados. En semejantes casos no es raro que la tripulación, que se ha quedado sin albergue, se refugie sobre la misma montaña de hielo y allí aguarde á que vengan en su auxilio; más de una vez ha sucedido así, sin tener que lamentar la pérdida de un solo hombre. En la primavera, el peligro que ofrece el hielo es mucho mayor, y apenas pasa un día sin que entre en el puerto algún buque necesitado de reparaciones ó trayendo á él la tripulación de algún otro que se ha perdido, y que refiere una serie de desastres, padecimientos y una salvación milagrosa.

F. MAC GRATH.

**HARINA LACTEADA NESTLÉ**

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

**Dentición**

**JARABE DELABARRE**

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZUE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**

Curadas por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

**VINO AROUD**

**CARNE-QUINA-HIERRO**

el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.**

Calle Richelieu, 102, Paris. - Todas Farmacias.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

**ASMA**

**CATARRO, OPRESIÓN**

y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

**APIOLINA CHAPOTEAUT**

**SALUD DE LAS SEÑORAS**

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

**ROB**

**BOYVEAU-LAFFECTEUR**

Célebre Depurativo Vegetal

EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico, Sucesor de BOYVEAU-LAFFECTEUR. Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 oajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**



EL EMINENTE DRAMATURGO FRANCÉS VICTORIANO SARDOU, Á QUIEN SE HA CONCEDIDO RECIENTEMENTE LA GRAN CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR (De fotografía de M. Branger.)

El gobierno francés ha otorgado la gran cruz de la Legión de Honor al eminente dramaturgo Victoriano Sardou, y bien puede afirmarse que pocas recompensas habrán sido concedidas con más justicia y con mayor beneplácito de toda Francia.

Sardou es, en efecto, uno de los autores á quienes con más entusiasmo y con más constancia ha aplaudido el público y de los que más representadas han visto sus obras en el extranjero; y á pesar de los cincuenta años transcurridos desde que dió al teatro su primera producción, hoy, como en sus mejores tiempos, sus creaciones triunfan en la escena y el buen éxito sigue acompañándolas, no obstante las nuevas orientaciones del arte dramático.

Como nadie domina el arte de construir una comedia ó un drama, y como nadie

encuentra argumentos que interesen, crea personajes con quienes el público se identifique y combina efectos de resultado seguro que provoquen en un momento dado una tempestad de aplausos.

Sus obras serán todo lo artificiosas que se quiera; pero cautivan, se apoderan desde el primer instante del ánimo del espectador y despiertan en él sensaciones intensas que le hacen vivir la acción que en la escena se desarrolla, como si de la vida real se tratase. La cultura del lenguaje, la viveza del diálogo y los rasgos de ingenio tan profusamente sembrados en sus obras, han contribuido no poco á hacer de Sardou uno de los autores predilectos en Francia y de los más apreciados fuera de ella.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*



SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

**PILULES**  
de BLANCARD

EXIGIR LA SÍMBOLE

APROBADAS  
por la  
Academia  
de MEDICINA

al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, Paris.

AVISO Á  
LAS SENORAS

**EL ANIOL** DE LOS  
JORET HONORÉ

CURA  
LOS DOLORES, REÍARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SEGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris

1849

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOSES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS

B<sup>o</sup> St-Denis, 16

**AGUA LÉCHELLE**  
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del pecho y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**PAPEL WLINSI**

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.